

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

SAN JOSÉ, PATRONO DE LA VIDA COTIDIANA



El taller de Nazaret, anónimo, (s.XVIII), Catedral de San Luis Potosí, (México)

«Todo su papel para con Jesucristo se redujo a servirle de abrigo en los anonadamientos de su infancia, y a dirigir los oscuros trabajos de su vida oculta. Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a decir que san José ha sido extraño a esa divina misión?».

Enrique Ramière, S.I, *El apostolado de la oración*

Año LXXVII- Núm. 1088 Marzo 2022



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	32	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
5	Santa Teresita y la Sagrada Familia <i>Francisco Recabarren hnssc</i>	35	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
8	El Nazaret de Carlos de Foucauld <i>Javier González Fernández</i>	38	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>
12	Volver a la escuela de Nazaret <i>San Pablo VI (†)</i>	40	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
15	La acedia ante la vida y sus manifestaciones en la sociedad actual <i>María Dolores Barroso López</i>	43	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
17	San José, maestro de vida oculta <i>Enrique Ramière S.I</i>	46	Nuestra Patria es el Cielo <i>Santa Teresita del Niño Jesús</i>
20	La humildad en las pastorales de Mons. José Torras i Bages <i>Miquel Bordas Prószyński</i>		
23	La Sagrada familia de «El pajarito» <i>María Ramos Sáez</i>		
27	La Redención y la vida ordinaria <i>Miguel Jiménez de Cisneros</i>		
30	San José, Patrono de la vida cotidiana <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>		

Razón del número

San José y la vida familiar

San José nos enseña con su quehacer cotidiano en lo ordinario y en lo extraordinario, y también con su silencio a contemplar el ejercicio de una paternidad única y al mismo tiempo ejemplar.

DE nuevo y con gran gozo dedicamos el número de marzo a glosar la figura del Santo Patriarca san José. Son inagotables los aspectos que los teólogos josefinos, el magisterio de la Iglesia y la predicación han propuesto al pueblo cristiano, para que la devoción a san José junto a la de la Virgen, ocupe un lugar central en la vida cristiana. En esta ocasión hemos elegido como tema un aspecto nuclear de la vida de san José: la vida ordinaria y cotidiana, que transcurre en el ambiente familiar de Nazaret, el lugar donde el hijo de Dios, «creció en gra-

En la vida familiar san José nos invita a contemplar la importancia del papel educador del padre con el ejercicio de su autoridad.

cia y santidad delante de Dios y de los hombres» bajo la autoridad y el amor de José y María.

El aspecto cotidiano de la vida casi se confunde con la vida familiar, con todo lo ordinario y lo extraordinario, lo esperado y lo ines-

perado, lo rutinario y lo aventurero que siempre la acompaña. Allí es donde se descubre al mundo, a los hombres y a Dios, allí es donde se tiene que crecer en humanidad y santidad. **Justamente es en este ámbito «sagrado» donde en nuestros días se está dando la principal y más intensa batalla de la descristianización.** Por ello hemos elegido el tema de san José como patrón de la vida cotidiana por su actualidad y por la urgencia de dirigir nuestra mirada hacia aquel modelo que nos tiene que hacer descubrir no solo la importancia de la vida familiar sino también el modo de cómo llevarla a cabo según los planes de Dios. En la vida familiar san José nos invita a contemplar la importancia del papel educador del padre con el ejercicio de su autoridad.

La pérdida de la figura del padre y su frecuente total ausencia en la vida del niño y del adolescente no solo afecta a la vida familiar sino también a aspectos muy nucleares de la fe cristiana. La profesión de nuestra fe tiene como primera verdad «Creo en Dios Padre» y que el principal modo de dirigirnos a Dios en nuestra oración es el «Padre Nuestro» Recordemos lo que nos dice el *Catecismo de*

la Iglesia católica «El lenguaje de la fe se sirve de la experiencia humana de los padres que son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre» (CIC ,239). Dios ha dispuesto de modo admirable que el hombre de acuerdo con su naturaleza tuviese la radical capacidad de recibir las verdades que solo la revelación nos muestra en toda su profundidad. Todo niño que ha nacido y vivido los primeros años de su vida en un hogar en el que el mutuo amor del padre y de la madre se comunica de modo entrañable, gozoso, generoso y sacrificado hacia cada uno de sus hijos y por ello le resulta algo sencillo entender que el amor

más grande que nos tiene Dios es un amor paternal. Los padres con su palabra y sobre todo con su vida son los primeros evangelizadores de sus hijos y les anuncian de este modo la primera verdad de nuestra fe que es la paternidad de Dios. Después irán descubriendo a lo largo de los años lo que significa el ser hijos de Dios, y así poder vivir las pruebas y dificultades de la vida con la confianza puesta en Dios que cuida de sus hijos de modo paternal. De igual modo podrán entender el precepto cristiano formulado a través de las palabras evangélicas: «si nos os hicierais como niños no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mateo,18,3).

Por todo ello es tan importante en la vida tener modelos cercanos que nos ayuden a comprender y a vivir lo que significa la paternidad de Dios. Nuestro mundo tiene urgente necesidad de ello, la figura del padre se la quiere ignorar, desfigurar o incluso negar, rodeándola de sospechas, que nos presentan la paternidad como algo contrario a la libertad y autonomía tan supuestamente conquistadas y queridas por el hombre actual. San José nos enseña con su quehacer cotidiano en lo ordinario y en lo extraordinario, y también con su silencio a contemplar el ejercicio de una paternidad única y al mismo tiempo ejemplar.

Misión oculta y grandiosa

Entre estos dos grandes personajes [San Juan el Bautista y san Pedro] , entre estas dos misiones, he aquí que aparecen la persona y la misión de san José, el cual, sin embargo, pasa silencioso como desapercibido y desconocido, en la humildad, en el silencio, un silencio que no debía iluminarse sino después de algunos siglos. Pero allí donde es más profundo el misterio, y más espesa la noche que lo cubre, donde es más profundo el silencio, es precisamente allí donde es más alta la misión, más rico el cortejo de virtudes requeridas y del mérito que por feliz necesidad debía corresponder a tal misión. Esta misión única, grandiosa, la de custodiar el Hijo de Dios, el Rey del universo, la misión de custodiar la virginidad, la santidad de María, la misión de cooperar, como único llamado a participar en la conciencia del gran misterio escondido a los siglos, en la encarnación divina y en la salvación del género humano.

Pío XI, *L'Osservatore Romano*,
20-21 de marzo de 1928, p. 1.



Santa Teresita y la Sagrada Familia

Francisco Recabarren hnscc

«Lo que me hace mucho bien, cuando pienso en la Sagrada Familia, es imaginármela llevando una vida totalmente ordinaria». (Santa Teresita del Niño Jesús)



EL Espíritu de Dios ha permitido a Teresa revelar directamente a todos los hombres el misterio fundamental, la realidad del Evangelio: el hecho de haber recibido el espíritu de hijo adoptivo que nos hace gritar ¡Abba!¹

»[Ella le ha mostrado a la Iglesia] una más profunda comprensión del misterio de Cristo».²

1 Juan Pablo II, homilía de en la basílica de Lisieux (1980).

2 Juan Pablo II, homilía de en la misa

«Niños parecen en su escuela todos los doctores de la ley».³

A pesar del tiempo y la devoción con que nos enamora la pequeña santa de Lisieux, continúan sorprendiéndonos palabras tan altas de los pontífices dedicadas a una joven de 24 años. En efecto, la lógica de Dios

de proclamación del Doctorado de santa Teresita del Niño Jesús.

3 Eugenio Pacelli, homilía en la inauguración de la basílica de Lisieux (11/06/1937).

nos sorprende revelando sus secretos a los sencillos de corazón. Teresita es un ejemplo elocuente, uno más, de esta lógica divina. Por eso cualquiera que se acerque con atención a sus escritos podrá descubrir que toda la vida de la Iglesia aparece ahí bajo una luz especial: el sacerdocio, la Eucaristía, la familia, el martirio, el amor, la virginidad, la Virgen etc. Y también... la «Iglesia originaria» donde se encuentra condensado todo el misterio de la salvación de los hombres: la Sagrada Familia de Nazaret.

Por lo demás, el vínculo entre la doctrina de la carmelita y la Sagrada Familia parece contundentemente actual. **Ante la enfermiza tristeza espiritual del hombre contemporáneo, el ácido de la lejanía de Dios que lo corrompe por dentro, y la desesperanza que lo angustia, Teresita y Nazaret nos presentan una saludable esperanza: la esperanza de la más alta santidad por el camino más sencillo: el de la confianza, que, lejos de avergonzarse de las propias debilidades, las transforma en abandono y amor.**

Teresita no dedica largas páginas a la Sagrada Familia. Sin embargo, es sintomático que las pocas que nos dejó se citan continuamente; resulta que expresan la extraordinaria sintonía entre el alma de la santa y la «trinidad terrena»: ¿Dónde surge esta armonía? ¿Dónde crece? ¿Dónde encuentra su plenitud? Surge en el hogar, crece en el Carmelo y llega a su cumbre en el definitivo descubrimiento de la misericordia divina.

Nací en una tierra santa

En los escritos de Teresita salta a la vista de manera muy patente la importancia de su hogar. En ella, sabemos, brilla con renovada fuerza el camino evangélico de «infancia

espiritual», lo cual nos conduce de suyo al hogar, porque toda infancia se constituye desde las relaciones con un padre y una madre, en una familia, en un hogar⁴. En el caso de Teresita el hogar era especialmente cálido: «[refiriéndose a su propia familia] Él la hizo nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un perfume virginal»⁵. Un padre bondadoso (ya canonizado), tranqui-

Teresa crecía bajo la misma atmósfera de amor y sacrificio, de humildad y sencillez de la Sagrada Familia; era ya vecina espiritual del hogar de Nazaret.

lo, sencillo y lleno de espíritu de fe de quien le viene a Teresita su característico corazón filial y manso; una madre santa (también canonizada) y fuerte, llena de verdad y dulzura, que no alcanzó a conocer muchos años pero que la marcó toda su vida. Junto a ellos las cinco hermanas vivían una intensa vida familiar, acrecentada por la presencia de tíos y primas (especialmente desde la muerte de la madre cuando deben mudarse a casa del hermano de su madre). Esta «tierra santa» también conoció la cruz de su Señor: la muerte de la madre, las enfermedades y especialmente la enfermedad y la muerte del padre (cuando ya Teresita había emigrado al Carmelo). Sin embargo, todos los relatos dejan ver un hogar feliz, donde la virtud parece fácil, el trabajo agradecido, la oración constante y la amistad dulce. Espacio entraña-

4 Antoni Prevosti Monclús, La infancia de santa Teresa de Jesús, *Cristiandad* Sept-Oct.1997.

5 Santa Teresita del Niño Jesús, Manuscrito A 3ºV.

ble que recuerda las lecciones que saca el Santo Padre Pablo VI sobre el hogar de Nazaret: silencio, oración, vida doméstica y trabajo en la escuela del amor divino⁶. Así pues, el corazón de la pequeña Teresa crecía bajo la misma atmósfera de amor y sacrificio, de humildad y sencillez de la Sagrada Familia; era ya vecina espiritual del hogar de Nazaret.

Ese lugar era el Carmelo...⁷

Sin embargo, todavía le quedaba mucho para aprender de los secretos de Jesús, María y José. El siguiente paso sería decisivo: la entrada en la familia del Carmelo. Ahí conoció más de cerca y más intensamente el secreto de Nazaret: el total olvido de la mirada de los hombres para vivir solo de Dios y para Dios. No por casualidad la devoción a san José ha crecido en esa montaña. Teresita empezó a comprender qué significa ser el «juguetito de Jesús» tal como lo aprendió san José (trasladado de un sitio a otro cual pelotita del Niño: a Belén, a Egipto, a Nazaret, a Jerusalén etc). En el convento encontró nuevamente un sitio donde respirar el mismo aire de aquella santa familia, y ahí sin duda creció sin medida su devoción por los tres.

Teresita crecía en «gracia, sabiduría y estatura delante de Dios y los hombres», obedeciendo y viviendo día a día la regla de santa Teresa. Su fe se hacía cada vez más robusta mediante la oscuridad de la noche. Este es un paralelismo maravilloso y quizás poco explorado de nuestra santa con la Sagrada Familia; ella como María y José, vivía de la fe. Así como María y José no podían ver a Dios

6 San Pablo VI, Discurso de en Nazaret 5/01/1964.

7 Santa Teresita del Niño Jesús, Manuscrito A, 49r.º

(como sí veía el Niño) y creían en Él, tampoco Teresita veía, pero se fiaba, hasta llegar al tremendo sufrimiento de la noche del espíritu y la desazón de compartir la mesa de los pecadores en la total oscuridad de la fe. José y María viven de la confianza en las palabras de Dios, y se dejan conducir cada día por las luces que reciben de lo alto, de la misma manera Teresita experimenta su total necesidad de Dios su Padre, avanzando en el camino que Dios le pone delante con confianza y abandono. En situaciones y misiones distintas, ambos caminan en la oscuridad de la fe, sin grandes signos ni manifestaciones extraordinarias, una vida del todo abandonada en los designios del Padre.

¡Dichosas nosotras que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo!⁸

Al final de su vida Teresita recibe una especial gracia carismática: la revelación interior del camino de infancia espiritual. Para la génesis de este camino el Espíritu Santo se sirvió de muchos elementos y gracias que no hace falta detallar ahora, lo cierto es que en torno al año 1895 Teresita encuentra en las Sagradas Escrituras, por una especialísima luz del Espíritu Santo, un nuevo camino de santidad, o más bien el camino de siempre, Jesús, pero bajo una luz nueva. Esta gracia, que la haría doctora de la Iglesia y que ilumina (e iluminará) a miles de fieles, podemos describirla como la comprensión del Evangelio y de toda la vida cristiana desde la misericordia del Padre. Dios gusta abajarse hasta sus creaturas para elevarlas hasta la más alta santidad. Desde esta perspectiva

8 Santa Teresita del Niño Jesús, Manuscrito B, 1vº.

la pequeñez confiada es la mayor de las gracias, puesto que no se espera ni apoya en las propias obras sino en la condescendencia de Dios; la santidad consiste en dejarse «alcanzar» y «elevar» por Dios nuestro Padre.

Teresita descubre que estos «secretos del Padre» ya se encontraban en la primera iglesia del carpintero de Nazaret: «José, tu vida transcurrió

El secreto de Nazaret es también el secreto de Teresita, y ella se encuentra ahí «como en su casa»

en la sombra, humilde y escondida, ¡pero fue tu privilegio contemplar muy de cerca la belleza de Jesús y de María!⁹. Lo cual resulta lógico ya que la clave para entender la santidad y el papel de los padres de Jesús es precisamente la misericordia divina. Porque, como recuerda Francisco Canals, la relevancia en la historia de la salvación de la Sagrada Familia no consiste en el vínculo de lazos de sangre, como si la Virgen y san José presentaran un título de parentesco humano en el Reino de los Cielos¹⁰. Su título de familia de Jesús es precisamente un título de misericordia, fundado en que Dios «ha mirado la humillación de su esclava». El designio amoroso y condescendiente de Dios pasaba por poner a esta familia en un puesto único en el Pueblo de Dios. Y así, la luz del Espíritu que acerca a Teresita más y más al corazón de la Iglesia y del Evangelio le permite también entrar más y más

9 Santa Teresita del Niño Jesús, Poesía a san José.

10 Cf. Francisco Canals Vidal, «La Sagrada Familia, Iglesia doméstica originaria», OC 5A p. 23-24.

en el corazón (y en los corazones) del hogar de la Sagrada Familia, la Iglesia originaria. El secreto de Nazaret es también el secreto de Teresita, y ella se encuentra ahí «como en su casa». «¡Qué hermoso será conocer en el Cielo todo lo que ocurrió en el seno de la Sagrada Familia! ¿Y san José? ¡Ay, cuánto lo quiero! Él no podía ayunar, debido a su trabajo. Lo veo cepillar, y después secarse la frente de vez en cuando. ¡Qué lástima me da de él! ¡Qué sencilla me parece que debió de ser la vida de los tres!»¹¹

Al hilo de esto se entiende que Teresita reaccione contra las falsificaciones imaginarias en torno a María, José y el Niño: «Lo que me hace mucho bien, cuando pienso en la Sagrada Familia, es imaginármela llevando una vida totalmente ordinaria. No todo eso que se nos cuenta y todo eso que se supone...»¹² Sabe muy bien que lo singular de los tres no es nada del género de lo extraordinario, sino vivir ordinariamente el don inigualable de la misericordia del Padre.

Para terminar, podemos preguntarnos ¿tiene relación aquella «mayor comprensión del misterio de Cristo» que decía san Juan Pablo II de la doctrina de Teresita con la renovada actualidad que ha cobrado la devoción a la Sagrada Familia de Nazaret? Nos parece evidente que no es casualidad que ambas crezcan de la mano en difusión y frutos en el interior de la Iglesia; precisamente porque el camino de infancia lleva al alma a respirar, como respiró Teresita, la atmósfera de Nazaret. **Teresita redescubrió el núcleo del Evangelio, lo cual significa redescubrir Nazaret.**

11 11 Santa Teresita del Niño Jesús, *Últimas conversaciones* 20.8.14.

12 Idem.

El Nazaret de Carlos de Foucauld

Javier González Fernández

«Soy un viejo pecador que al día siguiente de su conversión ha sido atraído poderosamente por Jesús para llevar su vida de Nazaret». (Carlos de Foucauld)

MI vocación es la vida de Nazaret, es decir, llevar perfectamente la vida de un hermano del Corazón de Jesús». De esta manera resume el beato Carlos de Foucauld el camino por el que Cristo le invitó a seguirle, un camino que él recorrió de un modo ciertamente singular pero que constituye la esencia de aquella llamada universal a la santidad en la vida ordinaria que Dios hace a todos sus hijos.

Vivir en Nazaret, como propone Foucauld –a quien pronto veremos canonizado–, es vivir consagrados al Corazón de Jesús, ofreciendo a Dios todo nuestro trabajo y oración, sufrimientos y alegrías, para la salvación de las almas, y hacerlo como Cristo lo hizo durante sus treinta años en aquel pueblo ignorado de Galilea, cumpliendo fielmente la voluntad de Dios con humildad, sencillez, dulzura, familiaridad con María y José, sumisión filial, servicio a los demás, pobreza y abandono hasta el martirio.

La Iglesia propone el ejemplo de los santos no para que imitemos su vida sino para que vivamos su doctrina. Y esta es la doctrina de Carlos de

Foucauld, por otro lado tan parecida a la de su contemporánea y compatriota santa Teresita del Niño Jesús: «Quien desee vivir según la espiritualidad de Nazaret tomará como regla el preguntarse en toda ocasión qué pensaría, diría, haría Jesús en su lugar, y hacerlo. Se esforzará de continuo por hacerse cada vez más semejante a Nuestro Señor Jesús, tomando por modelo su vida de Nazaret, que proporciona ejemplos para todos los estados». Veamos algunos de los elementos fundamentales de esta espiritualidad.

Nazaret, el lugar en que Dios se hizo hombre por amor

Dos circunstancias llevaron a Foucauld a concretar su vocación en la imitación de Jesús en su vida de Nazaret. Por una parte, el contacto con los musulmanes en sus exploraciones juveniles por Marruecos, que le imbuirán de la grandeza y trascendencia de Dios, un Dios del que se había alejado y que reencuentra a los veintiocho años. Por otra, las indicaciones de su director espiritual, el padre Huvelin, que pone ante sus ojos el anonadamiento de ese Dios

único y omnipotente al hacerse hombre por amor.

«La Encarnación –dice Foucauld– tiene su raíz en la bondad de Dios... Pero una cosa aparece primeramente, tan maravillosa, brillante y asombrosa, que brilla como un signo deslumbrador: es la humildad infinita que encierra tal misterio...

Dios, el Ser, el Infinito, lo Perfecto, el Creador, el Omnipotente inmenso, soberano Señor de todo, haciéndose hombre, uniéndose a un alma y a un cuerpo humano y apareciendo sobre la tierra como un hombre, y el último de los hombres...»

El hermano Carlos, tocado por el amor del Corazón de Jesús, deci-

de entregarse enteramente a Él: deseaba ser religioso, vivir sólo para Dios, devolverle el amor que había recibido imitándole lo más perfectamente posible ocupando también él el último lugar. Una visita a la Trapa de Fontgombault en agosto de 1888 pone ante sus ojos la manera de concretar esta entrega. Sin embargo, el padre Huvelin le frena y le guía en su discernimiento, animándole a viajar a Tierra Santa para entrar en contacto directo con los lugares y el ambiente donde Cristo pasó su vida en la tierra.

Allí Foucauld encuentra una nueva luz. «Después de haber pasado la Navidad de 1888 en Belén –escribe el beato Carlos–, de haber escuchado la misa de medianoche y recibido la sagrada Comunión en la santa Gruta, me volví a Jerusalén. La dulzura que sentí al rezar en esa gruta donde resonaron las voces de Jesús, de María y de José, fue indecible. (...) **Tengo sed de llevar la vida que entreví, que adiviné, caminando por las calles de Nazaret, que pisaron los pies de Nuestro Señor, pobre artesano perdido en la abyección y la oscuridad...».**

Nazaret, el último lugar

«Soy un viejo pecador que al día siguiente de su conversión –escribiría veinte años más tarde– ha sido atraído poderosamente por Jesús para llevar su vida de Nazaret». Foucauld ha descubierto Nazaret, el lugar donde el Hijo de Dios vivió durante treinta años «oculto» en el último lugar, y desea imitar su vida porque «todos saben que el primer efecto del amor es la imitación».

Seducido por la pobreza que había visto en la Trapa, decide finalmente ingresar en ella porque le pareció que era el mejor lugar donde

*Dibujo de la Sagrada Familia de Nazaret
realizado por Carlos de Foucauld*



podría imitar a Cristo en su vida de Nazaret. «Vivir dentro de la pobreza, la abyección, el sufrimiento, la soledad, el abandono, para vivir en la vida, con mi Maestro y mi Hermano, mi Esposo, mi Dios, que ha vivido así toda su vida y me da tal ejemplo desde su nacimiento».

Tal era su ideal y su manera de entender Nazaret por entonces. Sin embargo, nota en la Trapa que no está cumpliendo perfectamente lo que Dios le inspira. «Somos pobres para los ricos, pero no lo somos como lo fue Nuestro Señor, no lo somos como yo lo fui en Marruecos, no como lo fue san Francisco». Y siete años después de su entrada recibe el permiso para abandonar la Trapa y trasladarse a Tierra Santa con el objetivo de vivir más identificado con el pobre artesano de Nazaret.

Allí se instala junto al convento de las clarisas de Nazaret, que lo toman como sirviente. «En mi cabaña de madera, –explicará él mismo– a los pies del sagrario de las clarisas, en mis días de trabajo y mis noches de oración, encontré tan bien lo que buscaba que es evidente que Dios me preparaba ese lugar».

Nazaret, vida eucarística

Una vez instalado en Nazaret ocupando el último lugar entre los hombres, Foucauld vuelve su mirada constantemente hacia la Eucaristía, manifestación viva del anodamiento divino y fuente de gracia para su imitación.

«Quien desee vivir según la espiritualidad de Nazaret procurará cada día hacer un tiempo de silencio ante la presencia eucarística o ante un icono de Jesús», porque en la Eucaristía está Cristo tan plenamente como lo estaba en la casa de la Sagrada Familia en Nazaret.

«¡Vos no estabais más cerca de la Santa Virgen durante los nueve meses que ella os llevó en su seno que lo estáis de mí cuando os depositáis sobre mi lengua en la comunión! – exclama el beato Carlos–. ¡Vos no estabais más cerca de la santa Virgen y de san José en la gruta de Belén, en la casa de Nazaret, en la huida a Egipto, durante todos los instantes de aquella divina vida de familia, que lo estáis de mí en este momento y tan frecuentemente en este Tabernáculo!»

En presencia de la Eucaristía, lugar privilegiado para el trato «familiar» con el Señor, aprendemos a

«Estoy en la casa de Nazaret – escribe Foucauld–, entre María y José, apretado como un hermanito, contra mi hermano mayor Jesús, noche y día, presente en la santa Hostia».

vivir como Él vivió. «Estoy en la casa de Nazaret –escribe Foucauld–, entre María y José, apretado como un hermanito, contra mi hermano mayor Jesús, noche y día, presente en la santa Hostia. Obrar con el prójimo como conviene en este lugar, en esta compañía, como veo obrar a Jesús, que me da el ejemplo...».

Y no sólo eso, sino que es la misma Eucaristía la que acrecienta nuestra unión con Cristo, transformando poco a poco nuestra vida en su Vida. Es Jesús el que lo hace todo: nos da su ejemplo y nos lo hace vivir. Por este motivo, el hermano Carlos, como siempre gustó ser llamado, decide recibir la ordenación sacerdotal:

«Es así como puedo glorificar más a Jesús, amarle más, obedecer-

le, imitarle... –apunta Foucauld en el retiro previo a su ordenación sacerdotal–. Es a esto a lo que me empuja el Evangelio, la atracción, mi director... Para dar a conocer a Jesús, el Sagrado Corazón, la santa Virgen, a los hermanos de Jesús que no le conocen; alimentar con la Santa Eucaristía a hermanos de Jesús que no le han gustado aún; bautizar a los que son aún esclavos del demonio; enseñar el Evangelio...».

Nazaret, vida de trabajo y oración

Ya ordenado sacerdote, el 28 de octubre de 1901 Foucauld se instala en Béni Abbès, al sur de Argelia, cerca de la frontera marroquí, porque es «allí donde Jesús iría...; a la oveja más descarriada, al hermano de Jesús más enfermo, a los más abandonados, a aquellos que tienen menos pastores, a los que están en las más espesas tinieblas, en la sombra más profunda de la muerte; a los que son más cautivos del demonio, a los ciegos, a los más perdidos. (...) Es necesario ir, no allí donde la tierra es más santa, sino donde las almas tienen mayor necesidad».

Y allí, «escondido, retirado y solo», continúa el hermano Carlos su vida de Nazaret, donde la oración contemplativa y el trabajo humilde se entrelazan para imitar lo más perfectamente al Señor en aquellos años de su vida oculta, porque «se puede hacer bien a los hombres, mucho bien, un bien infinito, un bien divino, sin palabras, sin sermones, sin ruido, en silencio y dando buen ejemplo... ¡Qué ejemplo!... El de la piedad, el de los deberes para con Dios, amorosamente llevados; el de la bondad para con los hombres, la ternura hacia aquellos que nos rodean, los deberes domésticos santamente cumplidos; el de la po-

breza, el trabajo, la abyección, el recogimiento, la soledad, la oscuridad, de la vida escondida en Dios, de una vida de oraciones, de penitencia, de retiro, enteramente perdida y sumergida en Dios. Os enseño –continúa Jesús por boca de Foucauld– a vivir del trabajo de vuestras manos, para no ser una carga para nadie y tener de qué dar a los pobres, y doy a este género de vida una belleza incomparable... La de mi imitación».

Se trata, por tanto, de una vida que está totalmente centrada en la persona de Jesús. Y a pesar de que María y José ocupan un lugar muy importante en este camino de profundización de la vida de Nazaret –Foucauld llega a decir que Nazaret es la vida misma de la Virgen y el santo Patriarca divinizada por su Hijo–, el beato Carlos no contempla tanto el misterio de la Sagrada Familia, modelo de familia cristiana e «Iglesia doméstica originaria», sino al mismo Cristo, «que a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos». Quiere llevar perfectamente la vida de un hermano de Jesús.

Nazaret, vida cotidiana que salva almas

«Desde las cuatro y media de la mañana hasta las ocho y media de la tarde, no paro de hablar, de ver gente: esclavos, pobres, enfermos, soldados, viajeros, curiosos». Las circunstancias que rodean a Foucauld en Béni Abbès le hacen descubrir y vivir un nuevo aspecto del misterio de Nazaret. El hermano Carlos cae en la cuenta de que la «vida oculta» de Jesús en Galilea lo es en tanto que su divinidad quedó velada pero no porque fuera una

vida retirada del mundo. Al contrario, Jesús «pasó por uno de tantos» porque vivió durante treinta años una vida cotidiana totalmente ordinaria –completamente humana, podríamos decir– que también formó parte de su obra redentora, comenzada en Belén y consumada en el Calvario.

Por este motivo, la soledad y el ocultamiento dejan paso a un «vivir abiertamente, a la luz del día, sin tener ningún secreto, sino silenciosamente, sin hacer ningún ruido, ha-

La vida de Nazaret es la vida cotidiana, centrada en la Eucaristía, toda ella impregnada de un espíritu monacal (oración, trabajo, pobreza, obediencia, etc.) y vivida con una actitud martirial para la salvación de las almas.

ciendo el bien cerca y lejos de ellos en silencio, al igual que Jesús trabajaba sin hacer ruido en Nazaret por la salvación del universo...». Y la vida contemplativa se vuelve también apostólica, ejercida mediante el cumplimiento cotidiano de la voluntad de Dios.

La vida de Nazaret es, por tanto, la vida cotidiana, centrada en la Eucaristía, toda ella impregnada de un espíritu monacal (oración, trabajo, pobreza, obediencia, etc.) y vivida con una actitud martirial para la salvación de las almas.

La salvación de las almas estuvo siempre en el horizonte del hermano Carlos y fue lo que guió su vida desde sus primeros tiempos en la Trapa hasta el momento de su asesinato (1 de diciembre de 1916) en Tamnasset, en las profundidades del

desierto argelino, donde se había trasladado en 1904 desde Béni Abbès para evangelizar a los tuaregs.

Sin embargo, él no se siente llamado a la enseñanza y la predicación. «No soy misionero –confiesa a su amigo el canónigo Caron en 1906–, el buen Dios no me ha dado lo que hace falta para eso». Además, ésta sería inútil entre los musulmanes, a quien tan bien conoce. Antes hay que prepararlos para recibir la Buena Nueva. Y así como el Señor preparó sus tres años de «vida pública» con treinta años de «vida oculta», Foucauld se dispone también a preparar el camino a los misioneros con el testimonio de una vida cristiana ordinaria, la vida de Nazaret.

«Lo que yo creo como mejor para la conversión de Marruecos es organizar una pequeña legión de religiosos dedicados, a la vez, a la contemplación y a la beneficencia, viviendo pobrísimamente del trabajo manual, cuya sencilla regla se resumiría en tres palabras: adoración perpetua del Santísimo Sacramento expuesto, imitación de la vida oculta de Jesús de Nazaret, vida en los países de Misión. Esta pequeña legión sería un equipo de vanguardia dispuesta a lanzarse sobre el campo de Marruecos, y a cavar, a los pies de la santa Hostia, y en nombre del Sagrado Corazón de Jesús, el primer surco en el cual se echarán en seguida, cuanto antes, los misioneros predicadores...»

Foucauld no llegó a ver en vida esa legión de almas pequeñas que hagan de su vida un Nazaret para la salvación del mundo, pero su semilla no cayó en tierra estéril (a pesar de su lamento de no haber conseguido ni una sola conversión en serio) sino que ha dado ya mucho fruto y dará muchos más en el futuro.

Volver a la escuela de Nazaret*

San Pablo VI

La escuela de Nazaret, la escuela del Evangelio.



NAZARET es la escuela de iniciación para comprender la vida de Jesús. **La escuela del Evangelio.** Aquí se aprende a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido, tan profundo y misterioso, de aquella simplísima, humildísima, bellísima manifestación del Hijo de Dios.

Casi insensiblemente, acaso, aquí también se aprende a imitar. Aquí se aprende el método con que podre-

mos comprender quién es Jesucristo. Aquí se comprende la necesidad de observar el cuadro de su permanencia entre nosotros: los lugares, el Templo, las costumbres, el lenguaje, la religiosidad de que Jesús se sirvió para revelarse al mundo. Todo habla. Todo tiene un sentido. Todo tiene una doble significación: una exterior, la que los sentidos y las facultades de percepción inmediata pueden sacar de la escena evangélica, la

* San Pablo VI, iglesia de la Anunciación de Nazaret, 5 de enero de 1964.

de aquéllos que miran desde fuera, que únicamente estudian y critican el vestido filológico e histórico de los libros santos, la que en el lenguaje

*¡Oh, y cómo querríamos ser otra vez niños y volver a esta humilde, sublime escuela de Nazaret!
¡Cómo querríamos repetir, junto a María, nuestra introducción en la verdadera ciencia de la vida y en la sabiduría superior de la divina verdad!*

bíblico se llama la «letra», cosa preciosa y necesaria, pero oscura para quien se detiene en ella, incluso capaz de infundir ilusión y orgullo de ciencia en quien no observa con el ojo limpio, con el espíritu humilde, con la intención buena y con la oración interior el aspecto fenoménico del Evangelio, el cual concede su impresión interior, es decir, la revelación de la verdad, de la realidad que al mismo tiempo presenta y encierra solamente a aquéllos que se colocan en el haz de luz, el haz que resulta de la rectitud del espíritu, es decir, del pensamiento y del corazón —condición subjetiva y humana que cada uno debería procurarse a sí mismo—, y resultante al mismo tiempo de la imponderable, libre y gratuita fulguración de la gracia —la cual, por aquel misterio de misericordia que rige los destinos de la humanidad, nunca falta, en determinadas horas, en determinada forma; no, no le falta nunca a ningún hombre de buena voluntad—. Este es el «espíritu».

Aquí, en esta escuela, se comprende la necesidad de tener una disciplina espiritual, si se quiere llegar a ser alumnos del Evangelio y discípulos de

Cristo. ¡Oh, y cómo querríamos ser otra vez niños y volver a esta humilde, sublime escuela de Nazaret! ¡Cómo querríamos repetir, junto a María, nuestra introducción en la verdadera ciencia de la vida y en la sabiduría superior de la divina verdad!

Pero nuestros pasos son fugitivos; y no podemos hacer más que dejar aquí el deseo, nunca terminado, de seguir esta educación en la inteligencia del Evangelio. Pero no nos iremos sin recoger rápidamente, casi furtivamente, algunos fragmentos de la lección de Nazaret.

Lección de silencio

Renazca en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturdidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. **Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad**, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración que Dios sólo ve secretamente.

Lección de vida doméstica

Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencillez y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología.

Lección de trabajo

¡Oh, Nazaret, oh, casa del «Hijo del Carpintero», cómo querríamos

comprender y celebrar aquí la ley severa, y redentora de la fatiga humana; recomponer aquí la conciencia de la dignidad del trabajo; recordar aquí cómo el trabajo no puede ser fin en sí mismo y cómo, cuanto más libre y alto sea, tanto lo serán, además del valor económico, los valores que tiene como fin; saludar aquí a los trabajadores de todo el mundo y señalarles su gran colega, su hermano divino, el Profeta de toda justicia para ellos, Jesucristo Nuestro Señor!

He aquí que nuestro pensamiento ha salido así de Nazaret y vaga por estos montes de Galilea que han ofrecido la escuela de la naturaleza a la voz del Maestro y Señor. Falta el tiempo y faltan las fuerzas suficientes para reafirmar en este momento su divino e inconmensurable mensaje. Pero no podemos privarnos de mirar al cercano monte de las Bienaventuranzas, síntesis y vértice de la predicación evangélica, y de procurar oír el eco que de aquel discurso, como si hubiese quedado grabado en esta misteriosa atmósfera, llega hasta nos.

Es la voz de Cristo que promulga el Nuevo Testamento, la nueva Ley que absorbe y supera la antigua y lleva hasta las alturas de la perfección la actividad humana. Gran motivo de obrar en el hombre es la obligación, que pone en ejercicio su libertad: en el Antiguo Testamento era la ley del temor; en la práctica de todos los tiempos y en la nuestra es el instinto y el interés; para Cristo, que el Padre por amor ha dado al mundo, es la Ley del Amor. Él se enseñó a sí mismo a obedecer por amor; y esta es su liberación. «*Deus —nos enseña san Agustín— dedit minora praecepta populo quem adhuc timore alligare oportebat; et per Filium suum maiora populo quem charitate iam liberari convenerat*» (PL 34, 11231). Cristo en su Evangelio ha dado al mundo el fin



«El Señor ha encontrado en José un hombre según su corazón y le ha confiado con plena seguridad el más misterioso y sagrado secreto de su corazón». San Bernardo, *Super missus est*.

San José de Francisco Salzillo (s.XVIII)

supremo y la fuerza superior de la acción y por eso mismo de la libertad y del progreso: el amor. Nadie lo puede superar, nadie vencer, nadie sustituir. El código de la vida es su Evangelio. La persona humana alcanza en la palabra de Cristo su más alto nivel. La sociedad humana encuentra en Él su más conveniente y fuerte cohesión.

Nosotros creemos, oh, Señor, en tu palabra; nosotros procuraremos seguirla y vivirla.

Ahora escuchamos su eco que repercute en nuestros espíritus de hombres de nuestro tiempo. Diríase que nos dice:

Bienaventurados nosotros si, pobres de espíritu, sabemos librarnos de la confianza en los bienes eco-

nómicos y poner nuestros deseos primeros en los bienes espirituales y religiosos, y si respetamos y amamos a los pobres como hermanos e imágenes vivientes de Cristo.

Bienaventurados nosotros si, educados en la mansedumbre de los fuertes, sabemos renunciar al triste poder del odio y de la venganza y conocemos la sabiduría de preferir al temor de las armas la generosidad del perdón, la alianza de la libertad y del trabajo, la conquista de la verdad y de la paz.

Bienaventurados nosotros, si no hacemos del egoísmo el criterio directivo de la vida y del placer su finalidad, sino que sabemos descubrir en la sobriedad una energía, en el dolor una fuente de redención, en

el sacrificio el vértice de la grandeza.

Bienaventurados nosotros, si preferimos ser antes oprimidos que opresores y si tenemos siempre hambre de una justicia cada vez mayor.

Bienaventurados nosotros si, por el Reino de Dios, en el tiempo y más allá del tiempo, sabemos perdonar y luchar, obrar y servir, sufrir y amar.

No quedaremos engañados para siempre.

Así nos parece volver a oír hoy su voz. Entonces era más fuerte, más dulce y más tremenda: era divina.

Pero a nos, procurando recoger algún eco de la palabra del Maestro, nos parece hacernos sus discípulos y poseer, no sin razón, una nueva sabiduría, un nuevo valor.

La acedia ante la vida y sus manifestaciones en la sociedad actual

María Dolores Barroso López

La acedia, fruto de apagarse la caridad, es el vicio que impedirá máximamente la vida interior, pues lleva a la persona a despreciar los bienes recibidos de Dios.

Tedio y aburrimiento ante la vida ordinaria

OBSERVAMOS, en las últimas décadas, una profunda crisis educativa en distintos niveles que, consecuentemente, se plasma en una sociedad que hunde su mirada en un **inmediatismo** y **emotivismo** que oculta un profundo vacío y desesperanza, tal como señalaba Benedicto XVI en una de sus alocuciones: «en la raíz de las crisis de la educación hay

una crisis de confianza en la vida».¹

Parecería (a ojos de la sociedad en la que vivimos) que la vida ordinaria y sencilla sería merecedora de cierto desprecio. Pues esa vida «aparentemente» no nos aportaría suficientes emociones, no nos motivaría, no nos daría aquellos «likes» o reconocimientos que necesitamos escuchar, ni nos expondría a situaciones donde se manifestasen y

¹ Benedicto XVI, A los participantes en la asamblea plenaria de la Congregación para la Educación Católica, (21/1/2008)

Vanitas: el sueño del caballero, Antonio de Pereda y Salgado, hacia 1650.



pudiesen ser reconocidos nuestros éxitos. Y así, desde esta visión, la realidad es vivida con tedio y aburrimiento ocultos tras el enaltecimiento del placer sensitivo como forma máxima de gozo y tras el gusto por la posesión de alabanzas, bienes externos y cualidades físicas como forma máxima de vivenciar el valor de la propia vida.

La juventud es una etapa vital fundamental para el asentamiento de una identidad en la cual se integran dos preguntas fundamentales: quién soy y a dónde voy. Estas preguntas sitúan unas exigencias que, si no son realistas y ajustadas a lo que verdaderamente somos, pueden dificultar el crecimiento y generar en uno mismo mayor desorientación y angustia, llevándonos a experimentar una profunda falta de sentido. De algún modo, las verdaderas fuerzas con las que contamos para nuestro crecimiento son la afirmación del «sí mismo» por el amor recibido y la respuesta de amor y entrega que uno desea manifestar a través de su proyecto vital.²

Sin embargo, frente al entusiasmo y gozo que surge como fruto de un alma que se sabe amada y que es movida por la fuerza de un ideal que considera posible (y, por el que merece la pena luchar), la situación actual que nos encontramos es la de multitud de adolescentes y jóvenes desanimados, angustiados, con una imperiosa necesidad de sentir para experimentarse «vivos», con elevada inestabilidad en las decisiones que toman, con mucha dificultad para asumir las frustraciones ordinarias de la vida y con multitud de miedos que alimentan su inseguridad. Esta variedad de «síntomas» son acompañados por una sensa-

2 M. Palet, *La familia, educadora del ser humano*. Barcelona: Scire/Balmes, (2000).

ción de fracaso y falta de confianza que, también en la mayoría de las ocasiones, se ocultan tras una falsa imagen de «felicidad», a través de diversas actividades que podríamos considerar de carácter «adictivo»: respecto al uso de las distintas redes sociales, al cuidado del cuerpo y de la ropa, a la sexualización de la imagen corporal, a las compras compulsivas constantes, a la necesi-

Debido a que no encontramos el bien en nuestro interior es necesario volver la mirada hacia el exterior».

dad continua de experiencias novedosas, cambiantes y excitantes, etc.

Multitud de estudios en el área de la psicología nos muestran cómo diversas disposiciones en los jóvenes han favorecido el egocentrismo y, provocan multitud de síntomas: falta de constancia, desorientación, desánimo, conductas de evitación, bajo autoconcepto, entre otros aspectos. Junto con esto, se ha demostrado, también, cómo los jóvenes, en los últimos años, a la hora de señalar los rasgos que más les describen señalaron el consumismo y la baja tolerancia al sufrimiento como rasgos principales.

Afán de novedades como manifestación de la acedia

Todos estos fenómenos nos recuerdan a diversas «hijas» de la acedia, o, como diría Martín Echavarría, al «síndrome espiritual»³ que

3 M. Echavarría, *Acedia y personalidad. Antropología cristiana y ciencias de la salud mental*, (2021) p. 73-86.

tiene como centro la acedia, vicio capital opuesto a la caridad bajo el cual se conectan otras disposiciones viciosas.

Si la caridad es la virtud que da forma y unifica a todas las disposiciones que componen la organización total de la personalidad cristiana, pues permite «aceptar y agradecer que el bien interior que cada uno de nosotros ha recibido es obra de Dios»⁴ debido a la gracia por la cual se establece una relación de amistad entre Dios y el hombre. La acedia, fruto de apagarse la caridad, es el vicio que impedirá máximamente la vida interior, pues lleva a la persona a despreciar los bienes recibidos de Dios, en cuanto se desprecia la presencia afectiva del amor de Dios en nuestro interior y de aquellos amores análogos (por ejemplo, los padres), presencias que permiten experimentar en nuestro interior el gozo de nuestra propia existencia.⁵ Pues, en cuanto es tristeza del fin al que se debe tender y los medios que a este fin conducen, priva al alma de su máximo bien y conlleva el odio a uno mismo y al ideal al que orientar su vida.

Esta privación, consecuentemente, llevará a vivir una vida de continua huida respecto a uno mismo, por la cual, poco a poco, la persona se va alejando del bien a través de la desesperación, la debilidad de ánimo (o pusilanimidad), el rencor, y cayendo en una especie de apatía. Pues, la tristeza lleva a dos modos: alejarse de aquello que le entristece

4 M. Palet, «La educación del gozo y de la alegría: una propuesta preventiva». *Cristiandad*, (2020) p. 26.

5 No entraremos aquí a analizar las diversas causas o factores que facilitarían dicho estado, pues conllevaría un análisis más exhaustivo y profundo

y buscar otras cosas en las que pueda hallar placer⁶. Esta búsqueda de placer surge debido a la imposibilidad de permanecer constantemente en la tristeza. Y, por ello, **debido a que no encontramos el bien en nuestro interior y, así, la mirada hacia nosotros mismos produce esta privación (vacío) tan insoportable, es necesario volver la mirada hacia el exterior.** Mirada que no nos llevará a saciar el vacío que se experimenta sino solo a prolongar la desorientación vital en la que nos encontramos y la consiguiente inestabilidad afectiva. Se produce así, un proceso de búsqueda de placeres de distintos tipos: una desordenada curiosidad, la mutabilidad de los propósitos, inquietud corporal, constante cambio de lugares y necesidad continua de nuevas experiencias. «Síntomas» todos ellos que encuentran su sentido bajo esta tristeza respecto a la propia interioridad: «La acedia, así, es un principio explicativo de la psicología de este profundo desorden espiritual, que permite explicar tantas situaciones de letargo moral,

6 Santo Tomás de Aquino, *Suma de teología*, II-II, q. 35, a. 4.

amargura y resentimiento, especialmente en ambientes cristianos».⁷

La vida oculta de Nazaret como remedio y guía de vida

Se pone de manifiesto, pues, que los modos que observamos continuamente a nuestro alrededor se oponen radicalmente al recogimiento y sencillez que se vivía en la cueva de Belén y la vida oculta de Nazaret. Se desprecia lo «ordinario» en cuanto no es «original» o «único» y, además, es «pesado». Se busca la continua novedad en cuanto «original» y «valiosa» y la hiperactividad en cuanto «excitante» y «saciantes». La relación con los demás se caracteriza por la inestabilidad y superficialidad, y se busca llenar nuestra agenda de «eventos» pues lo estable y ordinario se percibe como poco placentero. Tal como decía Canals, el hombre se encuentra en continua búsqueda y, en cuanto tal, es un hombre que «en su trágica soledad, perdido en lo público

7 M. Echavarría, *Acedia y personalidad. Antropología cristiana y ciencias de la salud mental*, (2021) p. 79.

y sumergido en la socialización impersonal de pretendidas “relaciones humanas”, podría ser caracterizado con el título de «el hombre a quien nadie miró»⁸, pues, de algún modo, se ha olvidado su dignidad personal. ¿Qué podemos hacer ante esta realidad? Solo la mirada humilde y agradecida de quien se sabe amado

Solo la mirada humilde y agradecida de quien se sabe amado y con capacidad de amar podrá volver a llenar de confianza y gozo el corazón.

y con capacidad de amar podrá volver a llenar de confianza y gozo el corazón. Es por ello que, a través de la infancia espiritual de santa Teresita descubrimos el principal camino, pues es desde la mirada del niño, es decir, desde la experiencia natural y sobrenatural de ser hijo que podemos comenzar a confiar y amar.

8 F. Canals, «Teoría y praxis en la perspectiva de la dignidad del ser personal», *Espíritu*, XXV, (1976) p. 112-113.

Contemplar a la Sagrada Familia

Al taller de san José en Nazaret hay que asomarse en una jornada laborable. Desde el amanecer es incesante la actividad de José y de Jesús. A lo largo de todo el día ambos andan atareados. Trabajan con alma. Estimulados por la sobrenatural hermosura del deber profesional, se fatigan y sudan. Aprovechando todos los medios de que disponen, labran la madera con la perfección posible en aquella época. No les acobarda ningún trabajo penoso. Hacen el oficio bien hecho. Con gusto y llaneza se emplean en servicio a sus clientes. Y no sueltan de la mano su labor hasta el atardecer.

Ignasi Casanova, *Explicación de los Ejercicios de san Ignacio*, Barcelona, 1933 p.210.

San José, maestro de vida oculta*

Enrique Ramière S.I.

El poder de san José que ha permanecido largo tiempo como velado en la Iglesia, se ha manifestado en estos últimos siglos con un brillo incomparable.

SIN alejarnos de Jesús y María y sin salir de esa casa de Nazaret, primer teatro del Apostolado de la Oración, hallaremos otro modelo perfecto y poderoso protector de este Apostolado en san José.

Más aun que su augusta Esposa, este santo Patriarca se vio despojado de todos los medios exteriores que hubieran podido ponerle en

San José ha sido destinado a reproducir esa vida oculta a la cual quiso consagrar el Verbo encarnado las nueve décimas partes de su existencia terrestre

estado de trabajar en la gloria de su divino Hijo. Dejó este mundo antes que el Salvador hubiese empezado su vida pública; no pudo asociarse de ninguna manera a sus predicaciones, ni asistir a su sacrificio, ni comunicar con sus Apóstoles, ni formar sus primeros discípulos.

Todo su papel para con Jesucristo se redujo a servirle de abrigo en

los anonadamientos de su infancia, y a dirigir los oscuros trabajos de su vida oculta. Todas sus obras han sido obras materiales, las más apartadas por su naturaleza del fin espiritual de la misión del Verbo encarnado.

Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a decir que san José ha sido extraño a esa divina misión? ¿No es la Iglesia cristiana la que, sirviéndose de las palabras de san Bernardo, le proclama fiel coadjutor del gran consejo o, lo que es lo mismo, cooperador con Jesús y María en la grande obra de la salvación del mundo? Por lo demás no hay respecto de este asunto la menor duda entre los fieles.

El poder de san José, que ha permanecido largo tiempo como velado en la Iglesia, se ha manifestado en estos últimos siglos con un brillo incomparable.

Revelada a los santos, saludada con entusiasmo por los fieles, esta devoción se presenta a nuestros ojos como una de las pruebas más dulces del constante interés que toma Nuestro Señor por su Iglesia y de la

E. Ramière, «San José, modelo del Apostolado de la Oración». *El Apostolado de la Oración*, 4.^a ed., trad. castellana en 1865, Barcelona, p. 327-329

solicitud con que prepara nuevos remedios a sus males siempre renacientes.

Mas la devoción a san José no sólo es un consuelo para nuestra piedad, sino que además es un estímulo para nuestro celo. Si fue apóstol cepillando tablas, ¿quién podrá creerse excluido del Apostolado?

Si por la virtud de la intención con que animaba unas obras tan humildes en sí mismas de que se compuso toda su vida, ha contribuido a la

salvación de las almas tanto y más que los más elocuentes misioneros y los más admirables taumaturgos, ¿quién tendrá derecho a oponernos la naturaleza de sus ocupaciones, o la exigencia de su pobreza como una excusa que le dispensa de emplearse en esta obra?

La misión de los santos consiste en reflejar los diversos aspectos de la vida de Nuestro Señor, a fin de hacer más accesible a nuestra imitación este divino modelo de toda

santidad. San José ha sido destinado a reproducir esa vida oculta a la cual quiso consagrar el Verbo encarnado las nueve décimas partes de su existencia terrestre; es el eco infinitamente elocuente de esa gran lección que hemos ya meditado y por medio de la cual nos hace nuestro divino Maestro comprender, que el mérito de nuestras obras, no depende en manera alguna de su valor intrínseco, y sí solo del espíritu con el cual las realizamos.

Valor salvífico de la vida oculta de Jesús

Los episodios de la vida oculta de Jesús, relatados en los evangelios de Mateo y Lucas, poseen un particular valor «salvador». La división superficial de la vida de Cristo en «privada» y «pública», como también distinguir en ella entre momentos «cualesquiera» y «fuertes» termina por crear una escala en sus acciones, olvidando que el común denominador que las enriquece a todas es el misterio de la Encarnación y que Jesús es revelación y salvación ya con su presencia y manifestación. Precisamente, el *Catecismo de la Iglesia católica* recuerda que «toda la vida de Cristo es misterio» y que «Cristo ha vivido todas las edades de la vida humana, devolviendo así a todos los hombres la comunión con Dios» (*Catecismo de la Iglesia católica* n.512ss). Minimizar la «vida oculta» calificándola como «privada» significa cancelar Nazaret, es decir, casi treinta años de la auto-revelación de Dios, reduciéndolos a un tiempo simplemente «preparatorio» y no redentor por sí mismo. ¡Cristo es el redentor desde la concepción hasta la resurrección! Esta es la luz que debe iluminar los episodios evangélicos, también aquellos que presentan una apariencia menor porque son «comunes» pero que

precisamente por esto son más reveladores del modo concreto con que el Hijo de Dios se ha unido con la Encarnación a todo hombre. (*Gaudium et spes*, 22).

Tarsicio Stramare, *Le puso por nombre Jesús*, Cuadernos Palabra 157, p.209.



La humildad en las pastorales de Mons. José Torras i Bages

Miquel Bordas Prószyński

«La sabiduria dels humils» es una apasionada defensa del Catecismo tradicional de la Iglesia católica, frente al ataque instigado por la masonería, que inspira la pedantería racionalista y naturalista de los intelectuales modernos.

«Exaltavit humiles»

EL pasado 23 de diciembre, en su audiencia a sus colaboradores de la Curia Romana con ocasión de la Navidad, el papa Francisco dedicó su discurso a la humildad, señalando que no era fácil entender qué es la humildad, pero que esta es una «puerta de entrada» al misterio de la Encarnación. A continuación, aludía a los Ejercicios Espirituales, en los que se reconoce que no se puede avanzar sin humildad y que no se puede avanzar en la humildad sin humillaciones, por lo que san Ignacio nos dice que pidamos las humillaciones.

La vida cristiana, que nos diviniza, exige del cristiano la práctica de la virtud de la humildad, que es una virtud aneja a la templanza. Según santo Tomás,¹ la humildad atempera y refrena el ánimo (modera el apetito), para que no aspire desmedida o desordenadamente a las cosas excelsas, a la propia excelencia.

El siervo de Dios, obispo de Vich, el Dr. José Torras i Bages (1846-

1916), fue un maestro de la humildad, virtud que ponderó en numerosas ocasiones en sus escritos, pero sobre todo trató de practicar humildemente él mismo, como podemos descubrir en las declaraciones de los testigos en su proceso de canonización, que han sido recogidos en la *positio super causae introductione* (Roma, 1981).

En este artículo, sin ánimo de ser exhaustivos, solo mencionaremos algunas de las numerosas referencias a la humildad que figuran en las célebres pastorales de Mons. Torras y Bages. Su magisterio debe leerse siempre teniendo en cuenta su última pastoral, *La ciència del patir*,³ cuyo «post-scriptum» firmó en

2 En el detallado índice de nombres y materias que concluye el volumen X de la última edición de las *Obras completas* del Dr. Torras, editadas por Publicacions de l'Abadia de Montserrat (Barcelona 1994), que preparó Mn. Andrés Soler i Soley, encontramos más de treinta referencias dedicadas a la humildad en los diversos escritos y el sermionario de quien fue el obispo de Vich.

3 *Obras completas*, VI, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1989,

1 S. Th, II-IIae, q. 161, a. 1

su mismo lecho de muerte el 7 de febrero de 1916, siendo una exhortación cuaresmal a la penitencia y a la mortificación para erradicar la soberbia y alcanzar una vida en verdad sobrenaturalmente virtuosa anclada en la confianza en Dios Padre.

Así, en su primera pastoral, de ingreso en la diócesis de Vich, tras su consagración episcopal, *De la Ciutat de Déu i l'Evangelí de la pau*,⁴ el nuevo obispo se admira en su propia elección al episcopado de cómo Dios exalta humillando y humilla engrandeciendo, concendiendo la gracia necesaria para ejercer la dignidad a la que ha sido llamado, puesto que la Iglesia es obra de Dios y no de los hombres. Frente a la Ciudad de los hombres, en la que reina la tiranía y la anarquía, como caras de la misma moneda, en la Iglesia, Ciudad de Dios, que es la humanidad sobrenaturalizada, reina la benéfica autoridad procedente de Dios, que se impone suavemente por la humildad de los súbditos. Sin embargo, los príncipes de esta ciudad divina son los que están más cercanos a Dios, es decir, los pequeños, los más despreciables a los ojos del mundo. A este respecto, pocos años después, en un comentario a la última encíclica de León XIII, *Gravis de communi*, en la carta pastoral *L'elevació del poble, o sia, la democràcia cristiana*,⁵ dedicada más específicamente a la cuestión social, el Dr. Torras explica que la Providencia ha permitido la aparición del socialismo para renovar en la Iglesia el amor a los humildes, a los pequeños y a los pobres, ya que su misión es evange-

p. 395-421.

4 *Obres completes*, IV, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1987, p. 437-494.

5 *Obres completes*, V, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1988, p. 100-146.



lizarlos (cf. Lc 4, 18). Según el mismo ejemplo del Corazón de Cristo: «solamente haciéndonos como los pequeños y humildes podríamos pasar por el pórtico de entrada del Reino del Cielo»,⁶ por los méritos de la Pasión y muerte de Nuestro Señor. A este respecto, hay que tener en cuenta que, aunque caído y pecador, el pueblo sencillo, objeto de la misericordia divina, es «como una materia prima, no se ha gastado, incluso sus vicios y pasiones no llegan tan adentro de la sustancia humana, son unos vicios y pasiones que tienen algo de ingenuidad, tienen más de brutalidad que de malicia, y muchas veces, los viciosos y apasionados no distan tanto como parece de la humildad de corazón».⁷

Para la cuaresma de 1902 el Obispo de Vich había publicado su pastoral *La sabiduria dels humils*⁸ que es una apasionada defensa del Catecismo tradicional de la Iglesia católica, que representa la sabiduría de los humildes frente al ataque instigado por la

6 Op. cit., p. 139-140. En el presente artículo es mía la traducción al castellano de las citas de las pastorales de Torras i Bages.

7 Op. cit., p. 115.

8 *Obres completes*, IV, op. cit., p. 640-673.

masonería, que inspira la pedantería racionalista y naturalista de los intelectuales modernos. Es la humildad de espíritu la que permite reconocer la paternidad divina y la fraternidad de todos los hombres. En el Evangelio y en el Catecismo encontramos la «enseñanza universal que nivela todas las inteligencias»,⁹ elevándolas desde la tierna infancia, al conocimiento divino de Jesús. El Catecismo, como manual del pueblo cristiano, pueblo sacerdotal, es una exposición de la doctrina cristiana, asequible para todos y que es necesaria para salvarse,

**Los católicos hemos de huir
«de la vanidad de tener ideas
propias; lo que es muy propio son
nuestros pecados».**

es decir, para alcanzar la santidad: «dentro de la Iglesia católica, por los méritos y la gracia de Jesucristo, son capaces de santidad hombres y mujeres, hasta los más humildes, y está escrito que los humildes serán exaltados, siendo la humildad, la pobreza de espíritu, el sacrificio, la base de la santidad».¹⁰ Frente a la vanidad de los intelectuales modernistas, anticipándose a la encíclica *Pascendi* de san Pío X, en 1906 el Dr. Torras escribe *La confessió de la fe*¹¹, en la que declara que el camino de la fe es la humildad.¹² Al contrario, los católicos hemos de huir de la originalidad, esto es, «de

9 Op. cit., p. 647.

10 *Ibid.*, p. 672.

11 *Obres completes*, V, p. 147-195.

12 En otro lugar (*El misteri de la sang*) vincula también la humildad al hallazgo de la Verdad, cf. *Obres completes*, v. V, op. cit., p. 258.

la vanidad de tener ideas propias; lo que es muy propio son nuestros pecados»¹³. Precisamente por la humildad se mantiene la unidad en la Iglesia: «extendida en todo el mundo en tanta diversidad de hombres de diferentes temperamentos, lenguas y costumbres, y en épocas tan distintas de la historia. La iglesia de los intelectuales es la Babilonia de la confusión».¹⁴

La ascética que, mediante la gracia, nos eleva del materialismo y nos sobrenaturaliza, haciéndonos libres, se logra con la humildad¹⁵. ¿Cómo alcanzarla? En su pastoral *Pa d'àngels*,¹⁶ dedicada a la comunión frecuente y de los niños, siendo un comentario al decreto *Quam singulari* de san Pío X, Mons. Torras i Bages explica en qué consiste la humildad: «la humildad comporta la contrición, el conocimiento de la propia miseria, la convicción de nuestra insuficiencia, la necesidad del auxilio divino que no se avergüenza de pedir caridad».¹⁷ En efecto, la humildad que entraña la libertad de espíritu nos lleva al amor sobrenatural que nos une a Jesús, que es la caridad que se vive en la Iglesia, como recuerda el obispo catalán en *L'amor típic*:¹⁸ «estos [los humildes] están más en disposición de sentir la sublimidad del amor verdadero y vivir la vida de amor que nos enseña de palabra y obra

el Verbo de Dios».¹⁹ Ciertamente, es mediante la humildad que nos disponemos a recibir este amor al que nos unimos sacramentalmente en la sagrada comunión:²⁰ Por ello, la primera condición para ser discípulo

La primera condición para ser discípulo de Jesucristo es la humildad; y al contrario: «quien no quiere ser humilde, ya puede salirse de su escuela y volverse al mundo»

lo de Jesucristo es la humildad; y al contrario: «quien no quiere ser humilde, ya puede salirse de su escuela y volverse al mundo».²¹ En 1912, animado por el poeta Juan Maragall, fallecido recientemente, nuestro obispo firma *El sant sacrifici*,²² una profunda reflexión sobre la dimensión sacrificial de la eucaristía. Pues bien, en esta pastoral explica que la profundidad del misterio eucarístico está al alcance del pueblo cristiano, puesto que el distintivo de nuestra religión es ser asequible a las almas más humildes: «la elevación cristiana no se obtiene con la lectura de muchos libros, sino con la contemplación e imitación de Nuestro Señor Jesucristo».²³ A esta elevación del hombre que obtenemos en Cristo dedicó específicamente la pastoral *El camí de la grandesa*²⁴ para la cuaresma de 1914.

19 Op. cit., p. 471.

20 Cf. *Pà d'àngels*, V, op. cit., p. 560.

21 Cf. *La llei de la creença*, V, op. cit., p. 321.

22 *Obres completes*, VI, op. cit., p. 69-105.

23 Op. cit., p. 101.

24 *Obres completes*, VI, p. 203-235.

Terminemos atendiendo con Torras i Bages a la mujer más humilde. En *Gràcia d'una dona* (1904),²⁵ escrita para concluir la celebración del cincuentenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, el Dr. Torras presenta a la Madre de Dios como la valedora de los humildes, frente a los soberbios, que la rechazan:

«La gracia de María es superior a la desgracia de Eva. Los que tienen el corazón lleno de soberbia, la gente pompática y altisonante, se resisten a confesar que la humanidad se salve por la gracia de una Mujer; los humildes de corazón, los convencidos de la impotencia humana, para encontrar la elevación espiritual, la dignidad de la vida y el mérito de la virtud reconocen la necesidad de un auxilio divino, y agradecidos confiesan que este auxilio se ha obtenido por la gracia de una Mujer».²⁶

Por ello, la relación filial y confiada del pueblo humilde hacia su Madre Inmaculada se expresa las más veces mediante el rezo del santo Rosario, al que dedica su carta *L'etern Rosari*²⁷: «en sus misterios contemplamos la deificación de la humildad [...]. En todos los misterios del Rosario resplandece la humildad».²⁸ Este es «por excelencia la oración de los humildes; jamás esta oración pronunciada por los hijos de los hombres es más sublime y celestial, que cuando sale de la boca de los humildes de corazón, porque los humildes de la tierra son los que más se asemejan a los ángeles del Cielo».²⁹

25 *Obres completes*, V, op. cit., p. 80-99.

26 Op. cit., p. 98-99.

27 *Obres completes*, VI, op. cit., p. 275-305.

28 Op. cit., p. 285.

29 *Ibid.*, p. 283.

13 *La confessió de la fe*, op. cit., p. 176.

14 *Ibid.* A principios de 1908 el obispo de Vich publicará su glosa a la *Pascendi*, intitulada *La vida*. Según el Dr. Torras, los modernistas lo son porque les falta la humildad, preocupados únicamente por su autodesarrollo, que no puede garantizar su salvación, cf. *Obres completes*, V, p. 366.

15 Cf. *L'atletisme cristià*, V, op. cit., p. 536.

16 *Obres completes*, V, op. cit., p. 550-581.

17 Op. cit., p. 560.

18 *Obres completes*, V, op. cit., p. 462-484.

La Sagrada Familia de «El pajarito»

María Ramos Sáez

Murillo a través de esta pintura nos muestra que el amor de Dios es tan concreto como el amor de una familia, poniéndonos como ejemplo, precisamente, a la Sagrada Familia con Jesús, María y José.

La de Nazaret es la familia-modelo, en la que todas las familias del mundo pueden hallar su sólido punto de referencia y una firme inspiración». (Papa Francisco, 27 de diciembre de 2020, día de la Sagrada Familia). Esta frase que el Papa nos dejó hace un año, en los inicios del año de san José, nos sirve como punto de partida para sumergirnos en una de las obras más bellas y entrañables de **Bartolomé Esteban Murillo (1617-1682): La Sagrada Familia de «El pajarito»**. Este lienzo del maestro sevillano refleja el cambio que se dio en la iconografía de san José a lo largo de los siglos XVI y XVII, y supo condensar en la escena lo más esencial de la espiritualidad de su tiempo (que se corresponde con la era que siguió al Concilio de Trento, durante el siglo XVII). Además, plasmó a la Sagrada Familia de una de las formas más tiernas, cercanas y originales que podemos encontrar en el arte.

Aunque no se conoce la fecha exacta en que el artista la realizó, se coincide en que **debió ser hacia el 1650**. En ese período nos encontramos con un Murillo todavía temprano, en una

primera etapa más tenebrista y circunscrita a los supuestos del Barroco sevillano, aunque también es cierto que se pueden apreciar algunos indicios de evolución en el tratamiento de la luz. Si bien la obra no puede catalogarse como estrictamente tenebrista, sí que se ven algunos vestigios de ello en los contrastes que se dan entre la penumbra en que se encuentra la Virgen, y la luz que rodea a san José y el Niño (que, a la vez, nos muestra el incipiente cambio que se está dando en Murillo, hacia unas pinturas irradiadas por una luminosidad más clara, rasgo que definirá su segundo estilo).

De este modo, **la obra se introduce en el esplendoroso Siglo de Oro de la pintura española**, que se desarrolló dentro del marco del Barroco. Los preceptos de la Contrarreforma, que emanaron del Concilio de Trento, fueron fundamentales para la definición de este estilo en España. **Si algo caracterizó el Barroco español fue su profunda religiosidad**. Sin embargo, se desarrolló y plasmó esta tendencia de un modo muy propio y distinto a como lo hicieron otros países como Italia o Francia. Esta



marcada sensibilidad española, hizo del naturalismo su mayor aliado, y la Virgen, el Niño, la Sagrada Familia, los santos, inundaron las iconografías de ese contexto, a las que también se incorporó a san José.

Como se ha introducido, lo novedoso de Murillo en El pajarito no fue solo la centralidad que otorga a san José y el Niño, sino el representar a la Sagrada Familia con el aspecto de los sevillanos contemporáneos, a través del naturalismo. Muchos han querido vincularlo en este aspecto con los otros maestros de la Sevilla barroca, como Velázquez y Zurbarán. De hecho, sí que es cierto que en este punto podemos relacionarlo estrechamente con Velázquez, que concibió la *Adoración de los Reyes* como un retrato de su familia. No obstante, el protagonismo en esa obra sigue siendo de María, y los

personajes están ricamente ataviados, en contraste con la sencillez del ambiente de Nazaret.

En esta línea, Murillo siempre mostró una predilección por los temas religiosos. De las cuatrocientas obras que se le atribuyen a día de hoy, aproximadamente, más de la tercera parte son de temática religiosa. Entre los motivos que encontramos en su producción destacan las figuras del Niño Jesús y de san José, aunque quizás la que sobresalga más en conjunto sea la de la Virgen María (el sevillano es conocido como el «pintor de las Inmaculadas», ya que ahí se empezaba a pedir con fervor la confirmación del dogma, que no se efectuaría hasta siglos más tarde). Todo esto refleja las devociones que se suscitaron en su tiempo. Junto a la del Niño Jesús, una de las más difundidas a partir del siglo XV fue la devoción a san José.

A partir de ese siglo, empezó a virse un cambio notorio en el modo

La idea de la «composición de lugar» se trasladó a los límites de la pintura, dejándonos escenas tan íntimas como la del taller de Nazaret que comentamos aquí, y que conduce a la contemplación de esa alegre escena familiar de la vida de Jesús.

de dirigirse a la figura del Custodio y Protector de María y Jesús en la tierra. Hasta ese momento, en el arte y la literatura se lo había tratado de una forma que rozaba lo peyorativo, otorgándole siempre un papel secundario y a veces incluso satirizan-

te. En pintura, era común verlo representado como un anciano que apenas participaba en la escena familiar que involucraba a la Virgen y al Niño, y otros personajes. Siempre permanecía algo escondido, relegado, a veces incluso durmiendo, o apartado totalmente de la escena. Esta apariencia débil, jocosa y anciana que se le daba no era un hecho casual, sino que tenía como finalidad salvaguardar y defender la virginidad de María.

En España la devoción particular a san José creció marcadamente en el siglo XVI, promovida por santa Teresa de Ávila, san Pedro de Alcántara y la Compañía de Jesús. En el XVII estaba ya firmemente arraigada, gracias también al impulso de Trento, y en 1621 el papa Gregorio XV decretó la celebración oficial de la festividad de san José el 19 de marzo.

Por otro lado, un rasgo que nos sirve para entender el modo tan personal, naturalista y piadoso de Murillo de representar a la Sagrada Familia y a san José en *El pajarito*, lo tenemos en los Ejercicios Espirituales (1548) de san Ignacio de Loyola. Sin duda, esta obra marcó una época en la espiritualidad católica, siendo uno de los grandes tesoros con los que cuenta la Iglesia. En ellos, san Ignacio invita a conocer y contemplar a Dios a través de los misterios y momentos más concretos de su vida, haciendo uso de la imaginación y los sentidos, para finalizar en un coloquio en el que los fieles se identifiquen con la vida de Cristo.

La idea de la «composición de lugar» se trasladó a los límites de la pintura, dejándonos escenas tan íntimas como la del taller de Nazaret que comentamos aquí, y que conduce a la contemplación de esa alegre escena familiar de la vida de Jesús. La desenvoltura y realismo de la escena conmovió la sensibilidad popular de los sevillanos, y también la de cualquier espectador que se acerca a la obra, viendo en ese hogar divino una imagen del que podría ser el suyo.

No sabemos muchos detalles de cómo fue la vida oculta de la Sagrada Familia, pues se le dedican unas pocas líneas en los versículos del Evangelio. Pero esto nos induce a imaginar y asistir a ese momento de la vida de Jesús como unos años llenos de sencillez, recogimiento, discreción y piedad en medio de lo cotidiano. San Lucas nos resume cómo debió de ser esta vida ordinaria en Nazaret: «volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y allí el niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre Él» (Lc 2,39-40). Y, tras el episodio del Templo de Jerusalén, añade que «regresó con ellos a Nazaret, y

«Y vivía sujeto a ellos»

Expresión cotidiana de este amor en la vida de la Familia de Nazaret es el trabajo. El texto evangélico precisa el tipo de trabajo con el que José trataba de asegurar el mantenimiento de la Familia: el de carpintero. Esta simple palabra abarca toda la vida de José. Para Jesús éstos son los años de la vida escondida, de la que habla el evangelista tras el episodio ocurrido en el Templo: «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51). Esta «sumisión», es decir, la obediencia de Jesús en la casa de Nazaret, es entendida también como participación en el trabajo de José. El que era llamado el «hijo del carpintero» había aprendido el trabajo de su «padre» putativo. Si la Familia de Nazaret en el orden de la salvación y de la santidad es ejemplo y modelo para las familias humanas, lo es también análogamente el trabajo de Jesús al lado de José, el carpintero.

Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*, 22



allí vivió, obedeciéndoles a ellos en todo. Y Jesús seguía creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres». (Lc 2,51-52). Murillo debió de tener en cuenta estos fragmentos para elaborar el ambiente familiar, doméstico y cotidiano de «El pajarito».

Aunque también, esta nueva iconografía podría haber hallado inspiración en el texto *Summario de las excelencias del glorioso S. Joseph, esposo de la Virgen María* (1597), del carmelita Graciano de la Madre de Dios. En él, José aparece descrito como esposo de María y padre de Jesús; como un hombre joven, vigoroso, guapo, virtuoso. Además, el clérigo imagina los momentos en que san José expresaría su amor por el Niño, a través de gestos de cariño y ternura como mecerlo en sus brazos, cantarle alguna cancioncilla, o regalarle unos pajarillos o manzanas, a su regreso del taller.

Como vemos en «El pajarito», san José irradia masculinidad, paciencia, ternura, amor, siendo presentado como el padre ideal. Por primera vez ocupa el protagonismo en una escena familiar de este tipo. Y el lienzo condensa los sentimientos piadosos de Murillo y su manera íntima, sensible y entrañable de concebir los temas religiosos. El cariño y amor paternos, la sencillez y dulzura de la familia, la calidez del hogar, la delicadeza en el trato de las figuras... Todo ello nos habla de la evolución que se está dando en la espiritualidad y las corrientes religiosas de la época a las que se ha aludido, y que gustaban cada vez más de resaltar la caridad y el amor divino, en su vertiente más amable. La nueva piedad de la Contrarreforma trata de acercar el Amor de Dios a los hombres, revelándose a través de lo humano.

La composición de la obra es simple, y se construye con las tres figuras de María, Jesús y José. En el centro tenemos al Niño jugando con el pajarito; a la derecha, a san José, que ha abandonado su mesa de trabajo de carpintero y sostiene al Niño en brazos; y a la izquierda, a la Virgen hilando la lana mirándolo con cariño. Tanto la Virgen como san José conforman sendos triángulos compositivos. Aunque Murillo emplea la clásica diagonal barroca, aquí lo hace con mesura y equilibrio, sin abusar ni causando grandes contrastes. Eso mantiene la escena en ese ritmo sano y armónico, que congela y recoge serenamente esta escena divina y familiar.

La Sagrada Familia de «El pajarito» pretende ser un ejemplo de la vida sencilla, del amor silencioso y oculto, y lo hace poniendo a san José en el centro.

En este lienzo, la pincelada es plana y lisa, aún espesa y pastosa, y traza un dibujo elegante, preciso, aunque se torna muy dinámica y difusa para evocar el movimiento de la rueca donde la Virgen teje. Los colores predominantes pertenecen a la gama de los pardos, y no hay demasiados contrastes en este aspecto, salvo por el blanco de la túnica del Niño y el perrillo, y sus cabellos dorados. Todo ello para reforzar tanto el efecto compositivo como lumínico, de los que ahora hablaremos. Además, Murillo fue un gran dibujante. Se sabe que en muchas ocasiones trazaba unas líneas blancas con yeso o con la punta del pincel antes

de aplicar las capas finales de color. A su vez, las contorneó con perfiles claros y oscuros en la figura de san José, con tal de voluminizarla y darle el protagonismo compositivo.

A pesar de lo modesto de sus ropajes y del taller, los personajes mantienen esa gracia innata y esa elegancia ideal que serán un rasgo constante de las figuras de Murillo. Por otro lado, las gamas cromáticas que emplean recuerdan a la pintura de su contemporáneo sevillano Francisco de Zurbarán, a quien se sabe que conoció personalmente. Además, la luz tenebrista de la que hace alarde evidencia la influencia del italiano Caravaggio, filtrada a través de la pintura de Velázquez y el mismo Zurbarán.

En conclusión, con *El pajarito*, Murillo nos muestra que el amor de Dios es tan concreto como el amor de una familia, poniéndonos como ejemplo, precisamente, a la Sagrada Familia con Jesús, María y José. Pero no nos ofrece una imagen mitificada ni idealizada de Nazaret, sino que nos sitúa ante una familia que podría asemejarse a cualquiera de las familias humildes de su Sevilla natal. Nos enseña que el amor está en lo oculto de los detalles cotidianos, en la intimidad del hogar, en la ternura de la mirada de unos padres a su hijo, en la risa de un niño pequeño en el juego... En definitiva, que el amor más grande es el que se esconde y se manifiesta en la sencillez. Y no podemos dejar de insistir en la importancia que otorga Murillo a san José en esta obra, que aparece como modelo de hombre, y custodio y protector de los corazones de Jesús y María en la tierra. La pintura pretende ser un ejemplo de la vida sencilla, del amor silencioso y oculto, y lo hace poniendo a san José en el centro.

La Redención y la vida ordinaria

Miguel Jiménez de Cisneros

En el ofrecimiento de todas estas acciones cotidianas, a menudo repetidas cada día, con frecuencia sin atracción ni valor aparente, tenemos una ocasión única de entrega amorosa a Dios: son los modos del Señor, que hace grande lo pequeño.

POR varios motivos podemos perder de vista que es en la vida ordinaria donde nos jugamos la santidad y nuestra cooperación a la Redención del mundo, que es nuestra más importante vocación como cristianos.

Un motivo puede ser fruto de una mirada sobre el mundo. Al ver cómo en tantas partes y circunstancias la vida de los hombres se ha construido de espaldas a Cristo y a menudo contra Cristo, podemos vernos urgidos a desarrollar enormes acciones para revertir un proceso que se nos aparece gigantesco.

Otro motivo, propio de nuestra sociedad marcada por el frenesí y la actividad constante, lo marcan el tedio y el cansancio: en consecuencia, o bien caemos en la acedia de no hacer nada y dejar pasar el tiempo sin entregarnos de modo radical, o bien nos dejamos seducir por un activismo más o menos intenso, con motivaciones más o menos legítimas, a fin de evitar la monotonía del día a día.

En efecto, la humanidad requiere una gran solución que la saque de

la enorme oscuridad en que se halla inmersa. Y al mismo tiempo Dios nos pide entregarnos de modo total. Pero ambas cosas según el modo del Corazón de Jesús, ya que «vuestros caminos no son mis caminos»¹. Este matiz nuclear nos llena de gozo porque sabemos que Dios sabe y puede más, sabe y puede lo mejor para nosotros y para nuestro mundo.

De esta forma somos llamados a participar en la gran obra de la Redención santificándonos en la vida ordinaria. Destaquemos tres razones importantes. Primera, porque Jesucristo, nuestro modelo, vivió casi toda su vida de forma ordinaria, como artesano en Nazaret. Segunda, porque así nos lo enseña la experiencia histórica, a través de la vida de tantos santos que en una vida sencilla y ordinaria respondieron a la llamada del Rey eterno. Tercera, como miembros de Schola Cordis Iesu, que vive el espíritu del Apostolado de la Oración, estamos llamados a ofrecer todo por la Redención del mundo, y pidiendo que

¹ Is 55, 8.

venga a nosotros el Reino de Cristo. Digamos algo de cada una de las razones.

La vida de Cristo

Contemplar e imitar a Cristo es el camino que nos propone nuestra Madre la Iglesia para ser santos e ir al Cielo. Sólo Él puede salvar al mundo; y por la entrega de su sangre en la Pasión, Muerte y Resurrección es Rey de la humanidad no solo en tanto que Dios sino también en tanto que hombre.

En los *Ejercicios Espirituales*, san Ignacio, en el «Principio y fundamento», afirma que «el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima, y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado»². Cuando meditamos estas verdades, lo que es Cristo, su Vida y su Palabra, por la gracia del Espíritu Santo somos movidos a amarle y desear darle gloria -recordemos los lemas ignacianos de «A mayor gloria de Dios (*Ad maiorem Dei gloriam*) y «En todo amar y servir»-.

¿Cómo hacerlo? Pues si todo ha de servirle, si todo ha de ser recapitulado en Cristo³, todo en nuestra vida está llamado a ser santificado. Y basta una mirada sencilla, de sentido común, sobre el acontecer de nuestra realidad concreta, para dar-

2 San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 23.

3 Ef 1, 10.



Familia de santa Teresita del Niño Jesús

nos cuenta de la gran cantidad de tiempo en la que ésta se desarrolla de modo ordinario: en las labores domésticas, en el estudio o trabajo, en las diversas tareas que surgen en nuestro día a día (trámites, imprevistos, conversaciones, esperas, noticias, y un largo etcétera).

Así, en todos estos momentos, que pueden parecer menos decisivos que los grandes acontecimientos, nos jugamos lo más importante: la santidad, y nuestra cooperación a la salvación de las almas. En el ofrecimiento de todas estas acciones cotidianas, a menudo repetidas cada día, con frecuencia sin atracción ni valor aparente, tenemos una ocasión única de entrega amorosa a Dios: son los modos del Señor, que hace grande lo pequeño.

Pensemos en la vida de los mártires. Sin duda su martirio fue el gran momento de su vida, y el motivo por el cual los recordamos. Pero la fe no se improvisa, como nos recuerda la parábola de las vírgenes necias

y prudentes⁴; así pues, si recibieron el don de la fidelidad en la prueba final, fue porque estuvieron abiertos a la gracia, y la manera de estarlo es vivir en presencia de Dios, en la fidelidad de cada día.

La vida de los santos

Ya lo hemos apuntado con los mártires, pero la vida de tantos santos a lo largo de estos veinte siglos de historia de la Iglesia –y también de tantos hombres justos y mujeres piadosas que antes de Cristo sirvieron a Yahvé–, confirman este enorme signifi-

ficado de la vida ordinaria. Señalemos dos aspectos: la propia vida de los santos, por un lado, y las obras de la Iglesia a través de los santos, por otro.

Cada uno puede traer a su memoria las vidas de santos que conozca. Quizá a veces éstas se nos han presentado cargadas de hechos sobrenaturales y excelsas virtudes en la biografía de sus protagonistas. Pero, hubiera más o menos hechos sobrenaturales, el gran hecho sobrenatural que marcó sus vidas fue la fidelidad a Dios en lo pequeño de cada día. Como en alguna ocasión ha señalado el Santo Padre: «la fidelidad es la debilidad bien acompañada». Por lo tanto, esta es una idea importante, se trata de vivir lo pequeño con una entrega total, y al mismo tiempo eso solo es posible con la ayuda de Dios.

Pero insistamos en la vida de algunos santos. Pensemos en la incontable pléyade de monjes que han poblado los monasterios a lo largo

4 Mt 25, 1-13.

de la historia; también en tantas religiosas contemplativas. Pongamos cara y nombre de los ejemplos que conozcamos. Vidas transcurridas en el silencio del claustro, en el canto coral alabando a Dios, en la vida de caridad con los demás hermanos, en las labores rutinarias propias del acontecer humano. ¡Cuántas almas deben su salvación a la oración y sacrificio de todos estos santos, canonizados o no! ¡Cuántos bienes debe la historia al consuelo y gloria que a Dios dieron los cantos y la oblación de todas estas vidas entregadas! Y estas transcurrieron en lo ordinario.

Si pensamos en otros ejemplos de vida religiosa, como frailes, religiosos –hombres y mujeres– de vida activa, y sacerdotes, tenemos la misma lección. Aquellos que se dedicaron a la predicación o a la enseñanza: vida cotidiana de estudio, lecciones, paciencia, confianza,

¿Qué habríamos hecho sin las familias santas? Absolutamente nada. No se habría transmitido la fe, y la fe no se habría concretado en una vida y en una cultura cristiana

perseverancia en la labor pedagógica; los que sirvieron a los enfermos, a los pobres, a los cautivos, a los peregrinos... Venciendo el tedio cotidiano, la repugnancia que a menudo sentirían por sacrificios que debían hacer en su labor. Si nos viene a la mente el beso de san Francisco a las llagas del leproso, no olvidemos que para llegar a esa acción extraordinaria fue precisa mucha entrega cotidiana y oración previa, que fue modelando su corazón. Por su par-

te, santa Teresa de Calcuta insistía en la necesidad de la oración en sus religiosas para poder hacer la labor que hacían, labores a menudo cotidianas y rutinarias.

Y por mencionar un ejemplo sacerdotal, pensemos en el santo Cura de Ars, cuya vida transcurrió como párroco en un pequeño pueblo, confesando y celebrando los sacramentos. A través de su vida cotidiana de sacerdote: ¡cuántas almas volvieron a Dios y cuántas gracias fueron derramadas sobre la tierra! No olvidemos que es patrón de los sacerdotes, modelo de sencillez y fidelidad.

Cerremos este segundo argumento con la vida de tantos santos seglares, especialmente los matrimonios. ¿Qué habríamos hecho sin las familias santas? Absolutamente nada. No se habría transmitido la fe, y la fe no se habría concretado en una vida y en una cultura cristiana. Evidentemente, la fidelidad de los matrimonios hunde sus raíces en el abandono y la apertura a la acción providente de Dios, y está ligada al anuncio del Evangelio y a la vida sacramental que reciben de los sacerdotes. En la familia se forjan los santos: los que seguirán el camino del matrimonio, y los que se entregarán en la vida religiosa o sacerdotal. Cuántos ejemplos podríamos poner de personas y circunstancias. El ataque diabólico a la familia es consecuencia del deseo de borrar la imagen de Dios de la faz de la tierra. Pero en ella también quiere el Sagrado Corazón «reinar, a pesar de sus enemigos».

Respecto a las obras, nos ayuda a entenderlo la historia de la Iglesia –que debemos estudiar junto con la lectura de las vidas de santos, para comprender y encendernos como apóstoles del Corazón de Cristo–: cuántos edificios levantados a lo

largo del tiempo, con un trabajo perseverante y paciente, cuántas escuelas, cuántas obras de literatura, arte, avances técnicos, medicina, ciencias diversas... fruto de una razón iluminada por la fe. Cuántas costumbres, fiestas y tradiciones, canciones, modos de hacer, marcados por el sello del amor de Cristo vivido en las vidas de los hombres.

Vivir en el espíritu del Apostolado de la Oración

Concluamos el presente artículo haciendo referencia al tercer motivo: el Apostolado de la Oración. Como miembros de Schola Cordis Iesu, o de otros movimientos que viven este espíritu, estamos llamados a santificarnos en la vida cotidiana. En esta hora de la historia, donde la humanidad «sufre dolores de parto»⁵, donde el humo de Satanás pretende asfixiar la vida de la Iglesia y del mundo entero, donde el demonio, el mundo y la carne nos tientan con más fuerza para abandonar el camino de la salvación, estamos llamados a mirar a Cristo, salvación de los pueblos y de los hombres. Y así, en un camino de absoluto abandono y confianza en su misericordia providente, pues sólo Él es Señor de la historia, ofrecer nuestras pobres vidas en la fidelidad en lo cotidiano: ahí se forja nuestra santidad, la de nuestras familias y nuestros pueblos, y así se concreta nuestra cooperación a la redención de las almas, y nuestra súplica ferviente: ¡Venga a nosotros tu Reino!

Este es el modo de cooperar con el gran remedio ante las tinieblas que acosan la vida de los hombres y los pueblos, que, por la gracia de Dios, lo pequeño se haga grande, para que lo grande sea posible por la fidelidad en lo pequeño.

⁵ Rm 8, 22.

San José, patrono de la vida cotidiana*

Francisco Canals Vidal (†)

La vocación a la santidad no es algo elitista ; la santidad no es un lujo, como recordó la Madre Teresa de Calcuta.

VISITANDO recientemente el papa Juan Pablo II la parroquia romana puesta bajo la titularidad de san José, recordaba a los fieles la necesidad de dirigirse al Santo Patriarca pensando en él no sólo como el protector de la Iglesia universal, sino concretamente como custodiando con su patrocinio cada una de sus familias.

Es decir, pensando en él como quien está presente en nuestra propia casa, ayudando a cada uno de los padres de familia en la solicitud sobre sus hijos, y velando, como cabeza que fue de la Familia de Nazaret, sobre los hijos de las familias cristianas.

Este llamamiento me parece que alienta la consideración del patrocinio de san José sobre la Iglesia, en el sentido más pleno. Es decir, no pensando «la Iglesia», en una perspectiva parcial y que podría ser equivocada, como una institución universal pero lejana, sino sintiendo que somos todos los cristianos sus miembros vivos, y cada una de las familias cristianas una «iglesia doméstica», implantada en el tejido vivo del Cuerpo Místico de Jesucristo, y viviendo la vida del Pueblo de Dios.

La exhortación pontificia a que considere cada uno al patriarca José como alguien presente en su vida familiar, reavivó en mí una consideración que desde hace algún tiempo se me ofrecía como esclarecedora del sentido de la devoción a san José en la vida cristiana.

Le pensamos muchas veces también como patrono de los moribundos, patrono de la buena muerte del cristiano. Preguntándome un día por la razón de este título, recordé que la tradición de la piedad de los fieles ha contemplado secularmente a José muriendo, teniendo a su lado a Jesús, el Hijo de Dios encarnado, confiado por el Padre celestial a su cuidado paterno, y a María, su Esposa, la virginal Madre del Hijo de Dios hecho hombre. Pero pensé en seguida otro aspecto, íntimamente relacionado con el anterior, que me parece ilumina también el significado de la protección de José sobre los moribundos.

En un documento del papa Benedicto XV, publicado en ocasión del centenario de la declaración del patrocinio de José sobre la Iglesia universal, recuerda el Papa principalmente **tres dimensiones de la piedad**



Huida a Egipto, Bartolomé Esteban Murillo (1650)

del pueblo cristiano hacia el Patriarca, y de la consideración de su patrocinio y solicitud sobre los fieles. Estas tres dimensiones son, con este título de **protector de la buena muerte**, los que le contemplan como **modelo y patrono de la vida de familia**, y como **ejemplar y custodio del trabajo** en especial de quienes lo realizan en una situación de mayor modestia y pobreza en la sociedad humana.

La muerte, la vida de familia, el trabajo, y en especial el trabajo en la pobreza. Me pareció que, si **atendemos a una razón profunda y unitaria de este triple patrocinio según el que ha vivido el pueblo cristiano la protección de José sobre la Iglesia universal**, nos encontraremos con que la familia, el trabajo, sobre todo el trabajo en la pobreza, y la muerte, integran en su práctica totalidad la vida cotidiana, la vida común y ordinaria del cristiano.

En la vida de la Iglesia, afirmó san-

to Tomás, todos los dones singulares y como privilegiados, los carismas de los grandes santos que han obrado milagros y han sido dotados del don de profecía o de la sabiduría de los grandes doctores de la Iglesia, los ministerios jerárquicos, y los mismos estados de perfección religiosa, se ordenan, como medio a fin, a la universal comunicación de la gracia santificante de que ha de participar todo cristiano.

Lo más «propio» y particular se ordena, pues, a lo que es más común y universalmente destinado a todo hombre llamado por el bautismo a ser miembro vivo de la Iglesia. La vocación a la santidad no es algo elitista; la santidad no es un lujo, como recordó la Madre Teresa de Calcuta.

Por esto no puede confundirse el concepto de vida cotidiana del cristiano con algo «menos noble» o «vulgar». **La vida cotidiana cristiana es aquella en la que, día tras día,**

estamos llamados a la fidelidad en el cumplimiento de la voluntad de Dios. El obispo Torras y Bages recuerda también en su *Mes de san José*, que la santidad consiste precisamente en este cumplimiento de lo que Dios quiere de nosotros. Todo lo demás, por excelso que sea, es instrumento de esta sencilla y humilde fidelidad realizada cada día por la que obedecemos a Dios, y, como el patriarca José, hacemos aquello que sabemos que Dios quiere de nosotros.

La consideración que ofrezco a los lectores de *La Montaña de san José* no es otra que ésta.

Tenemos que sentir a san José cada día presente en toda nuestra vida, en la familia, en el trabajo, en las alegrías y en las penas, en las dificultades y en las soluciones providenciales de las mismas; en la disposición confiada para la buena muerte por la que esperamos pasar a la vida eterna.

Porque san José, custodio paterno de María y del Hijo de Dios, cabeza de la familia de la que, por designio divino, había de surgir la universal familia de los hijos de Dios que es la Iglesia, tiene confiada a su solicitud y protección paterna a toda la Iglesia, tenemos que sentirlo cada día presente en nuestra vida cotidiana; es decir, en toda nuestra vida, en la familia, en el trabajo, en las alegrías y en las penas, en las dificultades y en las soluciones providenciales de las mismas, que cada día sentimos; en la disposición confiada para la buena muerte por la que esperamos pasar a la vida eterna. San José, patrono de la



Hemos leído

Aldobrando Vals

¿Qué paz buscamos?

LA NUOVA
BussolaQuotidiana
DIRETTORE RICCARDO CASCIOLI FATTI PER LA VERITÀ

Escribe en La Nuova Bussola Quotidiana **Rosalina Ravasio**, religiosa y fundadora de la Comunidad Shalom, que desde 1986 se ocupa de la rehabilitación y reinserción social de drogodependientes con patologías asociadas, sobre la invasión de Ucrania y la paz que tanto anhelamos:



«Escuchando las noticias, leyendo los periódicos y oyendo los discursos de los políticos y de quienes nos gobiernan, uno puede tener la sensación de que todos están llenos de buenas intenciones y de solidaridad

cristiana. ¡Increíble! ¡todos son defensores de la paz!

Pero, ¿realmente los políticos lo han intentado todo? Ellos afirman que sí. ¿Pero qué “lenguaje” han utilizado? El lenguaje de la política, que es como un arma de doble filo, e incluso de triple filo.

«Y nadie, repito, nadie, tiene el coraje de lanzar una llamada fuerte y decisiva a la fe perdida».

Y nadie, repito, nadie, tiene el coraje de lanzar una llamada fuerte y decisiva a la fe perdida. Pero, ¿qué tiene que ver con todo esto? ¿Puede la fe tener algún valor en situaciones humanas e históricas tan comprometidas? Por supuesto, a este nivel, en medio de una escisión histórica, que divide a hombres y naciones, tal vez como nunca antes, ¡estamos todos muy distraídos! A los que se llaman cristianos se les exhorta a movilizarse y buscar la “paz verdadera” que... ciertamente no es la del mundo, sino la de Jesús: “Os dejo la paz, os doy mi paz. Yo no os la doy como el mundo la da” (Juan 14,27-31).

El énfasis hoy se pone sólo en los “derechos civiles”, pero ¿qué pasa con los “deberes”? ¿Seremos capaces de escuchar una voz de PAZ que

“desenmascare” la inautenticidad de muchos políticos charlatanes? Charlatanería que durante demasiado tiempo ha inundado nuestras casas como un río embravecido y fuera de control. ¿Un ejemplo? Mis jóvenes procedentes de la región me decían que en algunos de sus territorios, durante mucho tiempo, la gente sufría y moría. Y sin embargo, el debate europeo durante el período navideño se centró en eliminar oficialmente la palabra Navidad de las vacaciones navideñas. ¡Y la cancelación de los nombres de José y María! ¡Esto fue hace solo dos meses!

Entonces, ¿qué podemos hacer? ¿Rezar todos juntos! En este período de Cuaresma, intensifiquemos nuestras súplicas y las invocaciones al Espíritu Santo por la intercesión tanto del pueblo ucraniano como del ruso... Los cristianos pertenecemos a una realidad, a un “Cuerpo místico” infinitamente vasto, conectado a toda la humanidad en una colaboración con Dios que mira no sólo a nuestra intimidad, sino también a nuestra misma presencia en la sociedad y en esta precisa situación histórica.

Volvamos a poner a Dios en el centro de nuestro mundo. Quienes quieran unirse a nosotros en nuestra oración por el pueblo ucraniano y ruso no sólo son bienvenidos... sino que también se hacen partícipes de una gran tarea en el mundo: porque “la gloria de Dios es el hombre vivo”.»

¿Es católico Biden?

El Debate
de hoy

Patxi Bronchalo aprovecha en su columna en El Debate las últimas (y lamentables) declaraciones de Joe Biden sobre el aborto para clarificar ideas sobre el aborto pero también sobre el tan manido y desorientador tópico de que cómo no somos nadie para juzgar a otros, no podemos valorar moralmente ningún acto:

«El pasado Miércoles de Ceniza el presidente de Estados Unidos, Joe Biden, fue preguntado por el aborto al salir de una parroquia con la cruz de ceniza en la frente. Un periodista de EWTN le interpelló: “Como católico, ¿por qué apoya el aborto?”. Su respuesta fue: “No quiero entrar en un debate con usted sobre teología. No voy a hacer un juicio hacia otras personas”. Esta es una respuesta llena de falacias, vamos a desmontarlas.

Lo primero es que el periodista le pregunta y se dirige a él como persona católica que es, no como presidente. No le dice: «Como máximo mandatario de los Estados Unidos, ¿por qué apoya el aborto?». Que Biden se declara católico no tiene lugar a dudas, lo ha dicho muchas veces, y mismamente cuando se le hizo la pregunta salía de la iglesia. La fe católica está por encima de cualquier ideología política, y quien profesa la fe acoge la Palabra revelada por Dios para llevarla a su vida. Sean lo que sean, incluido presidentes de un país. Nadie está por encima de Dios.

La doctrina de la fe incluye la defensa de la vida de cada persona. Cada ser humano es amado por Dios y tiene dignidad desde el momento en que empieza a tener vida, o sea, ya en la concepción. Por eso la

Iglesia se posiciona tan claramente contra el aborto, es un acto intrínsecamente malo. No es que Biden sea un presidente católico que quiere acabar con el aborto y no puede sino que se declara católico y ha dicho muchas veces estar a favor de ello. Hay una incongruencia. Nos dice el evangelio de Mateo que «nadie puede servir a dos señores». No es una broma. Todos somos pecadores, pero una cosa es serlo y saberse



débil y pedir perdón y otra distinta es serlo y defender y justificar el pecado.

Lo segundo es que Biden responde al periodista diciendo que no quiere entrar en un debate teológico con él. Aquí hay una enorme falacia: ¿es el aborto una cuestión teológica? No, es una cuestión biológica. Cualquier persona, sea atea, agnóstica, judía, musulmana, budista, etc., puede comprender que hay vida humana desde el momento de la concepción. Para la ciencia no hay dudas acerca de que los códigos de vida están inscriptos en esa primera célula llamada cigoto, que surge de la unión de los gametos, a partir de la cual se desarrolla el embrión. Imaginaos que le dicen: “¿Qué le parece a usted que haya moléculas de agua en

la Luna?”, y él responde: “No voy a entrar a debatir cuestiones teológicas con usted”. Decir que el aborto es una cuestión teológica es la excusa a la que muchas veces se desvía el tema para eludir el debate y hacer creer a la gente que es una cuestión arbitraria sobre la que no podemos llegar a una verdad y que nada tiene que ver con la fe que profesamos.

También detrás de esta afirmación se esconde la sibilina idea de que la teología no puede llegar a verdades. El desarrollo de esto tomado como principio nos llevará a que toda la revelación de Dios es relativa y que cada uno construye su fe y toma lo que le parece. Este es un pensamiento muy extendido en nuestro mundo posmoderno pero no hay que olvidar que la fe se nos ha dado a través de la Iglesia. No vale eso de «me sirvo de la Iglesia y al mismo tiempo le tiro piedras». ¿Les suena lo del sínodo alemán?

Lo tercero es que Biden dice también que no va a hacer un juicio sobre otras personas. Aquí nuevamente hay una falacia, pues nadie le ha pedido que juzgue a ninguna persona, solo le han preguntado por qué siendo católico apoya el aborto. Hacer valoraciones morales de los actos no es lo mismo que juzgar a las personas. Dios sabe lo que hay en el corazón de cada ser humano, pero los actos son evaluables dentro de la escala del bien y del mal. Si no existe una valoración moral de las acciones significa que todo es relativo, las cosas no son ya buenas o malas, todo da igual. No importa lo que haga cada uno, todo es justificable. Sin valoraciones morales, todos se cae.

En el tema del aborto es muy necesario hablar de la importancia de salvar las dos vidas, porque también las madres son víctimas en muchas ocasiones de presiones para abortar,

del abandono de los hombres, del síndrome post-aborto. El mal se saca a la luz al mismo tiempo que se ayuda a la persona. ¿Recordáis como el Señor salva a la mujer adúltera diciendo que quien esté libre de pecado tire la primera piedra? Luego a ella le exhorta, «en adelante no peques más». Jesús juzga el pecado y ama y salva a la persona que lo comete. Nadie ha pedido al señor presidente que salía de la iglesia con la cruz en la frente que juzgue. A él, como a mi, el día de la ceniza se nos dijo: «conviértete y cree en el Evangelio». La Cuaresma nos recuerda la necesidad de convertirnos y ello significa volver la vida hacia Dios, reconociéndose uno pecador. Ser cristiano es obedecer a Dios antes que a los hombres, no hacer las paces con el mal, no juzgar personas rotas, ni justificar los actos calamitosos. Lo pido para Biden, para mí y para ti que has llegado al final. La paz.»

La entrega en la vida familiar

Nada, tiene, pues, de sorprendente que también a la sombra de las paredes domésticas se oculte el heroísmo de la familia, y que la vida de los esposos cristianos tenga también sus heroísmos ocultos, heroísmo extraordinario en situaciones duramente trágicas, frecuentemente ignoradas por el mundo; heroísmo cotidiano en la complicada serie de sacrificios renovados a cada momento, heroísmo del padre, heroísmo de la madre, heroísmo conjunto de uno y otro.

Pío XII, *A los recién casados*, 14 de agosto de 1941.





Hace 75 años ¿Morirá la Iglesia?

Ibón Elósegui

Desde sus mismos inicios la Iglesia católica ha sido perseguida de distintas maneras. Frente a esta persecución ya anunciada por Cristo, «si a mí me han perseguido a vosotros también os perseguirán», la respuesta de la Iglesia ha sido la de confiar en la promesa de Cristo: «sabed que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo».

Hoy en día a nadie se le esconde que Occidente, tras haber sido formado con los elementos greco-romanos y bárbaros, y tras haber sido vivificado con la fe cristiana transmitida por los papas, obispos, misioneros y santos, ha apostatado de aquella Madre que la fue gestando a través de las centurias de la Edad Media llamada a sí misma Cristiandad. El punto en el que nos encontramos ahora no es ya una abierta apostasía, sino una persecución más o menos encubierta.

Frente a esta situación, la respuesta del cristiano debe ser siempre la misma: la confianza en Dios, «Señor de la historia», a cuya divina Providencia nada se le escapa. Confianza que brota de aquella frase, tantas veces repetida en esta revista: «reinaré a pesar de mis enemigos».

En el artículo que presentamos de la revista Cristiandad publicado hace 75 años, se recogía un elenco de frases históricas en las que diversos personajes anunciaban el fin próximo de la Iglesia. Todos sus autores han pasado, y la Iglesia, aunque malherida, sigue en pie clamando sin cesar «venga a nosotros tu Reino».

MUCHAS veces, en el curso de los tiempos, la Iglesia católica ha sido condenada a muerte. Ha habido sabios impíos que han pronosticado el día final del catolicismo, y gentes ignorantes que se lo han creído. Ha habido prepotentes tiranos que intentaron sepultar a la Iglesia; y traidores como Judas, que les han secundado en la criminal empresa. Mas, ¿la Iglesia morirá? ¿Será posible? Abramos la historia, que es maestra de la vida, y veamos qué nos responde.

Año 33.-Sentenciado por Poncio Pilato, muere crucificado en Jerusa-

lén Jesus Nazareno, el divino fundador de la Iglesia. Se ponen guardias en su sepulcro. Pero el muerto resucita gloriosamente el tercer día. Y el número de sus discípulos, la grey de los cristianos, se multiplica como las arenas del mar.

Pasó Poncio Pilato, Jesucristo sigue en pie.

Año 68.-Durante el Imperio de Nerón, muere en Roma crucificado como su maestro (aunque cabeza abajo) el apóstol san Pedro.

Pero muerto y todo, Pedro sigue viviendo en Roma, en su altar de la Confesión, en su sepulcro, en su

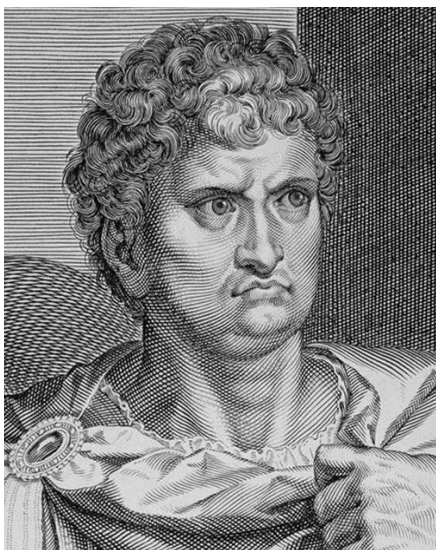
cátedra, en su 262º sucesor, el papa Pío XII.

Pasó Nerón, Pedro sigue en pie.

Año 303.- Después de una fiera persecución de trescientos años, en la que miles de mártires han dado la vida por Cristo, se levanta una columna al «Máximo Emperador, Diocleciano» por haber destruido la religión de los cristianos.

Pero Diocleciano murió hace más de 1.600 años, y el cristianismo vive hoy con más de cuatrocientos millones de adeptos.

Año 361.-Juliano el Apóstata se burla de Jesús Galileo, «el Hijo del Carpintero». Además, se gloria neciamente después de haber aplastado a su Iglesia.



Nerón

Pero el Apóstata muere trágicamente en 371 atravesado por una flecha. Y al caer moribundo, grita, desesperado: «Venciste, Galileo». Pero el Hijo del carpintero sigue aún en pie.

Año 622.-El pseudoprofeta Maho-

ma toma como emblema de su absurda religión una Luna en cuarto creciente; la cual, creciendo, había de dominar y ocultar la Cruz de Cristo.

Pero Mahoma murió en 632, y la Cruz de Cristo vive en millones de corazones.

Año 1460.- El sultán Saladino envía este mensaje al papa Pío II: «Vaya Roma. Transformaré en mezquita la basílica de San Pedro». A lo cual el Papa contesta serenamente: «La nave puede ser agitada por la tempestad, pero no se hunde».

Ya el poderío musulmán de Saladino y de sus naves se hundió; ¡pero la Iglesia no se hunde!

Año 1546.- El impúdico Lutero se dirige al Papa y le dice: «Durante mi vida he sido vuestro azote; después de mi muerte seré vuestra ruina».

Lutero murió hace cuatro siglos, el Papado sigue en pie. La frágil Iglesia de Lutero está hecha pedazos, partida en cientos de sectas; pero la Iglesia de Pedro sigue inquebrantable totalmente una.

Año 1758.- El blasfemo Voltaire escribe en el mes de abril: «Dentro de veinte años habrá terminado el Galileo».

Pasados justamente veinte años, en abril de 1778, Voltaire moría tristemente, tal vez condenado eternamente. Pero el Galileo sigue en pie.

Año 1809.- El sacrílego Napoleón Bonaparte. Será excomulgado por Pío VII. Había escrito en una carta el Emperador: «¿Qué pretende el Papa al excomulgarme? ¿Piensa él que las armas caerán de las manos de mis soldados?».

Más adelante, cuando en las estepas rusas, sus soldados helados de



frío, entumecidas las manos, dejaban caer las armas, alguien acercándose al Emperador le recordó la excomunión de Pío VII.

Y Napoleón volvió derrotado con «su ejército de espectros». En sus filas se contaban ya quince mil hombres; ¡cuando salió de Francia llevaba cuatrocientos cincuenta mil!

Destronado, preso en Santa Elena, moría en 1821; Pío VII reinaba gloriosamente en Roma.

Proudhon, el anárquico

Proudhon, socialista francés, amenazaba altivo al pueblo católico en el siglo XIX: «Que las almas devotas preparen su pasaporte de antemano; porque antes de diez años no habrá ni un solo, cura para administrar los Santos Óleos».

Pero Proudhon murió en 1865; Y más de cuatrocientos mil sacerdotes administran hoy los sacramentos por todo el mundo.

Obregón y Calles

En nuestros días, dos presidentes de Méjico se empeñaron en aniqui-

lar las creencias religiosas de su pueblo. Dijo Obregón: «Yo desharé la Iglesia católica como se deshace un hormiguero con un balde de agua caliente». Pero Obregón cayó atravesado por un puñal en 1928.

Plutarco E. Calles se jactaba de abofetear a Jesucristo como a un impostor. Pero ya Calles, desengañado, y tal vez arrepentido expiró en octubre de 1945; en los mismos días en que el pueblo mejicano celebraba la apoteosis de la Virgen de Guadalupe y el triunfo de Cristo Rey.

La República española

En 1931, el presidente de la República Manuel Azaña afirmaba enfáticamente: «España ha dejado de ser católica». Mientras tanto, el Gobierno arrancó de las escuelas el santo Crucifijo; permitió la quema



Hitler

de cientos de iglesias y conventos; martirizó a millares y millares de sacerdotes y simples ciudadanos.

Pero Azaña murió en el destierro, y la República feneció vergonzosamente. Mientras tanto el pueblo español edifica de nuevo iglesias; se

enseña el catecismo en las escuelas, cuarteles y universidades; se entroniza el Corazón de Jesús en todas partes.

Hitler y el nazismo

«Les garantizo que si me lo propusiera, podría acabar con la Iglesia en unos cuatro años. La Iglesia es vana, hipócrita y corrompida en todos sentidos. Basta un ligero empujón para que toda su estructura se venga abajo. Y la Iglesia ha visto sus mejores días».

Así se expresaba en 1933 Hitler, el nuevo tirano de Europa.

Pero llegó abril de 1945 y el todopoderoso Hitler, derrotado por los aliados, odiado por su propio pueblo... se hundió en el olvido. ¿Asesinado? ¿Suicidado? ¡Ni siquiera han quedado sus cenizas!

Y en medio de las ruinas lúgubres de la postguerra, en un mar de lágrimas de sangre... surge victoriosa, inmaculada, pacificadora, invencible, la Iglesia católica.

Stalin y el comunismo

El comunismo es actualmente el enemigo más sanguinario de la Iglesia. Es una bestia totalitaria que pretende tiranizar a la humanidad entera, y aniquilar (si posible fuera) al mismo Dios.

Oigamos de sus propios jefes qué programa traen.

El presidente de la III Internacional, hablaba así: «Continuaremos nuestros ataques contra Dios en el tiempo que juzguemos oportuno... Tenemos confianza en que lo aplastaremos... Le combatiremos por todas partes donde se disimule...»

El ministro de Educación en el Soviet, señor Lunacharky, hizo la siguiente declaración: «Odiarnos el cristianismo y a los cristianos... La caridad cristiana es un obstáculo para el desarrollo de la revolución. Abajo el amor al prójimo: ¡lo que nos hace falta es el odio!»

El generalísimo Stalin ha hecho también sus declaraciones, oigamos un pensamiento y frase suya: «¿Hemos suprimido el clero reaccionario? Sí; pero lo que más sentimos es



Stalin

que no lo hemos aniquilado completamente».

Este es hoy el campo de batalla, Moscú contra Roma; el comunismo contra el catolicismo. La palabra de Jesucristo nos dice que venceremos. Ellos son los sin y contra Dios; pero nosotros los soldados de Dios.

La Iglesia es un yunque donde se han gastado muchos martillos, dijo sabiamente Teodoro Beza. La Iglesia no pasará, no se gastará, no morirá. ¡Es inmortal!

«Y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella».



Pequeñas lecciones de historia

San Atanasio (2): infancia y juventud

Gerardo Manresa

No existe fuente alguna que señale el día de su nacimiento de forma expresa. Los indicios que expone en sus obras escriban en una breve referencia a la actitud de los paganos de Alejandría hacia los cristianos en la persecu-

ción de Diocleciano y Graciano, y a una exigua noticia alusiva al martirio de algunos maestros suyos en dicha persecución. La primera de estas fuentes se halla en el capítulo 64 de la *Historia arrianorum ad monachos*. Allí Atanasio menciona la primera fase de la persecución de Diocleciano como algo que no puede recordar por sí mismo. La frase es: «He oído contar a mis padres que en los tiempos en que la persecución comenzó, algunos paganos sustrajeron a nuestros hermanos cristianos de las pesquisas de sus enemigos, sacrificando incluso sus bienes o afrontando la prisión antes que traicionarlos». Si se tiene en cuenta que un nuevo período persecutorio comienza en Oriente, tras las abdicaciones de Diocleciano y Maximiano el 1 de mayo de 305, que se caracteriza por el mayor rigor de las medidas represivas adoptadas por el augusto Galerio y su César Maximino Daia, se infiere de este texto que el futuro Atanasio no había llegado al uso de la razón entre el 24 de febrero de 303 y el 1 de mayo de 305. En la primera fecha se publica el edicto más antiguo de Nicomedia que supone el inicio legal de la persecución de Diocleciano. La segunda fecha es la de las abdicaciones de Diocleciano y Maximiano.

Así pues, Atanasio pertenece en 305 a la categoría jurídica de los



«infantes». Ellos son definidos por el Derecho Romano antejustiniano por aquellos «*qui fari non possunt*», correspondiendo esos vocablos a quienes no son capaces de hablar con criterio y juicio.

Otra noticia indirecta de Atanasio de Alejandría sobre su niñez se encuentra en el capítulo 56 de *De Incarnatione*. En ese fragmento afirma que algunos de sus maestros murieron en la persecución. Si consideramos que Atanasio se refiere a algunos miembros del Didaskaleion¹, ese centro de enseñanza sufre las disposiciones represivas de Maximino Daia en el bienio 311-312. En ellas sucede el sacrificio del obispo san Pedro de Alejandría, mártir de la persecución en 311, por consiguiente, Atanasio aún

1 Era la Escuela catequística de Alejandría. Fue uno de los centros teológicos de los primeros siglos del cristianismo, ubicada en la ciudad de Alejandría. Esta escuela fue fundada aproximadamente hacia el año 180 por Panteno, pero sus orígenes son probablemente anteriores, algunos los remontan hasta san Marcos el Evangelista; en ella enseñaron grandes teólogos y Padres de la Iglesia.

sería un catecúmeno en 312, fecha en la que concluye la represión del cristianismo por Maximino Daia a instancias de Constantino. Otras señas acerca de su nacimiento se extraen de la acusación de los melecianos² a Atanasio según la cual, en 328, al ser elegido obispo, no cumplía la edad reglamentaria ni siquiera para el presbiterado, pues en dicha época se situaba en los treinta años, fundándose en el ejemplo evangélico de la edad de Cristo al bautizarse en el Jordán y empezar así su vida pública.

Según estos testimonios se afirma que Atanasio nació entre los años 300 y 305, y se pretende descartar la fecha de 296-298 que le aplicó la Iglesia copta en el siglo v.

Se dice que procedía de una familia prominente y acomodada, y ello no se contradice con los escasos detalles que pueden recogerse en los escritos del santo. Estos escritos in-

2 Melecio declaraba que los sacerdotes que habían renegado públicamente de su fe cristiana durante la persecución de Diocleciano no podían asumir de nuevo las funciones clericales. El obispo Pedro de Alejandría no aceptó esta solución y apoyó soluciones menos tajantes.

dudablemente suministran evidencias acerca de la educación que se le daba, que en gran medida, era sólo para los niños y jóvenes de clases altas, gramática, retórica y filosofía, en su famosa Didaskaleion.

La Alejandría de su mocedad era un epítome, intelectual, moral y políticamente, de ese étnicamente polícromo mundo greco-romano en el que la Iglesia de los siglos IV y V estaba comenzando, con conciencia imperturbada, después de casi trescientos años de propagandismo incansable, a percibir claramente su supremacía. En aquellos tiempos Alejandría era el centro de comercio más importante de todo el Imperio, superior a Roma, a Constantinopla, a Antioquia o a Marsella.

Haber nacido y haberse criado en tal atmósfera de cristianismo filosofofante era, a pesar de los peligros que implicaba, la más oportuna de las educaciones; y hay abundante evidencia en los escritos del santo de la pronta respuesta que todas las mejores influencias del lugar deben haber encontrado en el corazón y la mente del muchacho en desarrollo.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración

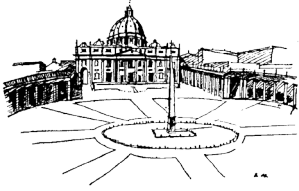
Abril. Por el personal sanitario

Recemos para que el compromiso del personal sanitario de atender a los enfermos y a los ancianos, especialmente en los países más pobres, sea apoyado por los gobiernos y las comunidades locales.

Mayo. Por la fe de los jóvenes

Recemos para que los jóvenes, llamados a una vida plena, descubran en María el estilo de la escucha, la profundidad del discernimiento, la valentía de la fe y la dedicación al servicio.





Actualidad religiosa

Javier González Fernández

La catedral de Ginebra acoge una misa católica después de casi 500 años

Alfa y Omega. «En el año 1535, abogada la tiranía del anticristo romano y abolida la superstición, la santa religión de Cristo ha sido restablecida en su pureza». Esta inscripción en la catedral de Ginebra (Suiza) refleja la



Misa en la catedral de Ginebra

turbulenta historia del cristianismo en esta ciudad, capital espiritual del calvinismo. En el verano de ese año, una misa en el templo acabó con disturbios, expulsión de los clérigos, y destrucción y pillaje de las estatuas y objetos de culto. Los calvinistas se adueñaron del templo, que nunca más volvió a acoger una Eucaristía.

Aunque la población de Ginebra ya no es mayoritariamente calvinista, la catedral continúa hoy día manteniendo el culto protestante y es tam-

bién el lugar en el que se celebran las ceremonias oficiales del Consejo de Estado y similares.

486 años después, la catedral albergó palabras muy diferentes. «La celebración de una misa es un gesto significativo. Estamos felices de poder dar este paso», resultado de «una fructífera cooperación ecuménica durante largos años» y del desarrollo de una «confianza recíproca» entre católicos y protestantes.

Quien hablaba así no es católico. Se trata de Daniel Pilly, presidente del consejo parroquial de la catedral. Daba la bienvenida a los católicos de Ginebra, a los que por primera vez en casi cinco siglos se había invitado a celebrar la misa en este templo este 5 de marzo, según relata *Omnes*.

«Vuestra invitación, que aceptamos humildemente y con mucho agradecimiento», replicó el sacerdote católico Pascal Desthieux, «tiene un gran significado para nosotros, y ha suscitado un gran entusiasmo, como lo muestra el número impresionante de fieles aquí reunidos».

Este acontecimiento del pasado sábado 5 de marzo es el resultado no solo del diálogo ecuménico, sino de una amistad personal de años. Hace ya tiempo, Desthieux compartía una bebida en una terraza con su amigo Emmanuel Rolland, pastor reformado. El sacerdote valoró cómo en Lausanne, cada año desde 2004 la

catedral, en manos reformadas, acoge una misa católica. «Desde luego, si en Ginebra llega a darse algo así, no es para pasado mañana...», admitió el mismo, consciente de que en Ginebra el gesto tendría una carga simbólica mucho mayor.

Rolland no olvidó este comentario de su amigo. Al contrario, lo fue madurando interiormente durante varios años. Luego empezó una serie de consultas y propuso la iniciativa al consistorio de la Iglesia reformada. Así, hace algo más de dos años pudo llamar a Desthieux y darle la buena noticia: había llegado el momento de que los católicos volvieran a su catedral.

Iba a haber ocurrido el 29 de febrero de 2020. La pandemia obligó a cancelarlo en el último momento. Más tarde se produjeron otras dos cancelaciones por el mismo motivo. Hasta que finalmente, al levantarse las restricciones, pudo volver a ponerse fecha. Como en aquel primer intento, se eligió la víspera del primer domingo de Cuaresma. La decisión subrayaba el carácter penitencial y de reconciliación del acontecimiento.

La diócesis de Asidonia-Jerez renueva su consagración al Corazón de Jesús

El 19 de febrero de 1922 la ciudad de Jerez fue consagrada al Sagrado Corazón de Jesús. Con ese motivo, se levantó un monumento en el lugar más alto de la ciudad, el Monte Calvario, donde todavía hoy se encuentra. Al cumplirse el centenario de ese acto, los católicos de Jerez se volvieron a reunir a los pies de ese monumento y se trasladaron en peregrinación hasta la Santa Iglesia Catedral, para celebrar la Santa Misa, renovar la consagración de Je-

rez y consagrar toda la diócesis asidonense al Sagrado Corazón de Jesús. Con este motivo, la Santa Sede ha concedido a la diócesis un año jubilar que comenzará con esta celebración y se prolongará hasta el domingo, 19 de febrero de 2023.

«En la pasada vigilia de la Inmaculada –recordaba monseñor José Rico Pavés– fue consagrada nuestra diócesis de Asidonia-Jerez al Inmaculado Corazón de María y a san José. (...) Antes de que el costado de Jesucristo fuera traspasado por la lanza del soldado y se nos abrieran los tesoros de su Corazón, María nos fue regalada como Madre. Para entrar con provecho en el costado traspasado del Redentor y experimentar más a fondo la grandeza insondable del amor divino, debemos recibir a María Inmaculada como Madre de Cristo y Madre nuestra. María orienta todas las cosas hacia su Hijo, que escucha nuestras oraciones y perdona nuestros pecados. Al consagrarnos al Inmaculado Corazón de María encontramos el camino seguro que conduce al amor divino-humano de su Hijo Jesucristo, cuyo símbolo excelente es su Sagrado Corazón.

»(...) No renovamos la consagración –continuó el obispo de Asidonia-Jerez– con la pretensión nostálgica de recuperar una época pasada ni con el simple propósito de extender una devoción entre otras posibles. Cuando ponemos la mirada de fe en el misterio del amor divino y humano de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo símbolo es el Sagrado Cora-



Monseñor Rico Pavés ante el monumento al Corazón de Jesús

zón, no hacemos otra cosa que confesar la verdad de la encarnación y proclamar el triunfo de la resurrección. Consagramos la diócesis al Corazón de Jesús –dicho con palabras vibrantes de san Juan de Ávila– para que «sepan todos que nuestro Dios es Amor y que sus deseos son amar y ser amado, sin buscar propio interés». Al consagrar la diócesis al Corazón de Jesús confiamos la realidad total de nuestra Iglesia particular –sus miembros, familias, pueblos e instituciones– al poder insuperable del amor de Dios, pues a todos queremos hacer partícipes de este amor. La transformación de la sociedad, de la educación, de la cultura y de las instituciones comienza siempre por el corazón. Para que el amor de Dios reine en el mundo se requieren corazones generosos que, dejándose amar por Él, le ofrezcan libremente una respuesta de amor.

»Desde la fe, en efecto, todo acto de consagración es siempre una respuesta de amor al Amor primero de Dios. (...) Un reconocimiento porque

confesamos que Jesús es Salvador de todos y de todo, «Redentor del mundo, Rey de reyes y Señor de los que dominan». Un ejercicio de reparación porque, amándonos, Cristo mismo cura las heridas de nuestros pecados y nos capacita para amar por los que no le aman, poniendo amor donde otros ponen ofensas. Un compromiso misionero porque el amor de Cristo nos urge a compartir con todos la alegría de creer y el consuelo de su misericordia.

»Al consagrar la diócesis al Corazón de Jesús expresamos nuestro agradecimiento al Señor por la herencia de santidad recibida de nuestros mayores, pedimos un profundo rejuvenecimiento de la fe en nuestro pueblo y nos comprometemos a afrontar con valentía los retos evangelizadores del presente y del futuro. Confiando al amor de Dios el destino de nuestra Iglesia particular, renovaremos esta petición centenaria al Sagrado Corazón de Jesús: «Reina en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de las ciencias y de las letras, y en nuestras leyes e instituciones patrias».

» (...) A la celebración de 1922 siguieron numerosísimos frutos de santidad, siendo el más excelente la entrega de la vida como testimonio del Amor más grande por parte de muchos mártires. De un Año jubilar destinado a renovar aquella consagración de 1922 esperamos el fruto visible de una renovación de la vida cristiana en nuestra diócesis. Para que se produzca ese fruto, será suficiente la fiel entrega de unos pocos que pongan su confianza en el Corazón de Cristo para llevar a todos la grandeza infinita de su amor.

»Que el Señor acoja, como hizo hace cien años, nuestra súplica confiada: «Sé siempre el Rey de esta dió-

cesis, haciendo que, a su vez, sea ella ahora y siempre Jerez de tu Sagrado Corazón». ¡Sagrado Corazón de Jesús: en ti confío!».

Carta del presidente del Episcopado polaco sobre el «camino sinodal» alemán

»(...) Teniendo en cuenta la comunión de fe e historia entre Polonia y Alemania, quisiera expresar mi profunda preocupación y angustia por la información que se ha recibido recientemente de algunos ámbitos de la Iglesia católica en Alemania.

»(...) Como pastores de la Iglesia, somos conscientes de que en el mundo se libra una batalla espiritual.

»(...) Una de las tentaciones en la Iglesia de hoy es comparar constantemente la enseñanza de Jesús con los desarrollos actuales de la psicología y las ciencias sociales. Si algo en el Evangelio no está de acuerdo con el estado actual del conocimiento de estas ciencias, los discípulos, queriendo salvar al Maestro de ser comprometido a los ojos de sus contemporáneos, tratan de “actualizar” el Evangelio. La tentación de “modernizar” concierne de manera particular al ámbito de la identidad sexual. Sin embargo, se olvida que el estado del conocimiento científico cambia con frecuencia y a veces de forma espectacular, por ejemplo, debido a cambios de paradigma. (...) Algunos errores científicos han tenido consecuencias dramáticas.

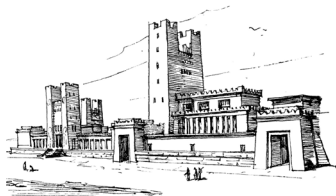
»Soy consciente de que los católicos viven actualmente bajo la presión de la opinión pública, lo que hace que muchos de ellos sufran una especie de complejo de inferioridad. (...) El papa Francisco, en un discurso al personal de la Curia romana, enfatizó que hoy en Europa ya no vivimos en un “sistema cristiano”. (...)

Una fuente importante de este cambio en el Viejo Continente es “una profunda crisis de fe que ha afectado a muchas personas”. La fe “ya no es un presupuesto evidente de la vida social; de hecho, la fe es a menudo rechazada, ridiculizada, marginada y ridiculizada”.

»(...) Fieles a la enseñanza de la Iglesia, no debemos ceder a las presiones del mundo ni a los patrones de la cultura dominante, ya que esto puede conducir a la corrupción moral y espiritual. Evitemos la repetición de consignas gastadas y demandas estándar como la abolición del celibato, el sacerdocio de la mujer, la comunión de los divorciados y la bendición de las uniones del mismo sexo.

»(...) La crisis de la Iglesia en Europa hoy es ante todo una crisis de fe. Para hablar de Dios, primero debemos hablar con Dios que vive en lo profundo de nuestro corazón, donde saboreamos la verdad. La crisis de fe es una de las razones por las que la Iglesia experimenta dificultades a la hora de proclamar una doctrina teológica y moral clara.

»(...) Tenemos la tarea de encontrar formas efectivas de llamar a las personas a la conversión. De esto también trata la misericordia de Dios. (...) Sé que estás profundamente preocupado por el destino del redil que se te ha confiado y que deseas que ninguna de las ovejas se descarríe. (...) “Saquen sus fuerzas del Señor y de su gran poder. Vestíos de la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las tácticas del diablo. Porque nuestra lucha no es con sangre y carne, sino con los principados, con las potestades, con los gobernantes de este mundo de las tinieblas presentes, con los espíritus malignos” (...) (Ef 6, 10-20)».



Actualidad política

Jorge Soley Climent



Los camioneros canadienses y el nuevo despotismo

DOS hechos sucesivos conmocionaron en enero a Canadá. Hasta ese mes los camioneros estadounidenses y canadienses estaban exentos de las medidas contra el Covid (certificado de vacunación y cuarentena de dos semanas) para poder mantener los suministros y las cadenas logísticas. Pero el 15 de enero el gobierno canadiense prohibió a los conductores extranjeros cruzar la frontera sin certificado de vacunación y, en caso contrario, proceder a la cuarentena prevista.

El 22 de enero, Estados Unidos respondió con una ley que exige

reciprocidad en las medidas. La protesta no tardó en llegar: varios miles de camioneros se unieron en un gran convoy (el «Convoy de la Libertad») con destino a la capital, Ottawa, a la que llegaron el 28 de enero. La reacción del Primer Ministro canadiense Justin Trudeau fue descalificar a los participantes en el convoy: «pequeña minoría marginal de personas que vienen a Ottawa con opiniones inaceptables».

Con las principales carreteras de acceso a Ottawa bloqueadas (sólo permitían pasar en caso de emergencia), el alcalde Jim Watson decidió declarar el estado de emergencia el 6 de febrero. Con temperaturas inferiores a -20°C, el gobierno pro-

hibió el repostaje de camiones para que los conductores acampados no pudieran utilizar sus calefactores. Pero esta medida no resultó eficaz al apelar los camioneros a la solidaridad, recogiendo diez millones de dólares canadienses en un día antes de que la plataforma utilizada suspendiera la recogida de fondos siguiendo instrucciones del gobierno.

Hasta aquí una protesta más, en el marco de unas restricciones por la pandemia cada vez más difíciles de argumentar. Lo preocupante, lo revelador, ha sido la subsiguiente reacción de Trudeau, quien el 14 de febrero, en base a la ley de medidas de emergencia, congeló las cuentas bancarias de los manifestantes y de todos aquellos que el gobierno entiende que les han apoyado. Una medida gravísima, sin precedentes, tomada de forma arbitraria y sin ningún tipo de garantía jurídica, que demuestra de forma fehaciente que algunos gobiernos occidentales no dudan en aprovechar una emergencia, real o fabricada, para establecer medidas abusivas y propias de un régimen despótico.

Al Sisi libera el culto: una iglesia por cada mezquita en Egipto

Egipto es uno de los países donde los cristianos viven en permanente estado de alerta. Casi el 90% de la población del país es musulmana suní y los cristianos, en su mayoría coptos, son algo más de 16 millones de un total de 104 millones. El islamismo sigue ejerciendo una considerable influencia sobre la población, especialmente en las zonas rurales, y es responsable de la violencia, la discriminación y el acoso infligidos a los cristianos. Sin

embargo, a diferencia de otros países islámicos, los cristianos egipcios cuentan con la protección del presidente de la República, Abdel Fattah al Sisi, y de su gobierno.

No se trata solo de palabras: en febrero, en el marco del programa de desarrollo urbano puesto en marcha en el país, se decidió que en cada nuevo barrio urbano habrá una iglesia, independientemente del número de cristianos que la utilicen. Y anteriormente, otra importante iniciativa apoyada por el presidente Al Sisi ha sido la ley que normaliza la situación de los lugares de culto cristianos. La ley, aprobada en 2016, ha supuesto un gran avance respecto de la ley de la época otomana de 1934, que entre otras cosas prohibía la construcción de iglesias cerca de

A diferencia de otros países islámicos, los cristianos egipcios cuentan con la protección del presidente de la República, Abdel Fattah al Sisi, y de su gobierno

escuelas, canales, edificios gubernamentales, ferrocarriles y zonas residenciales. Su estricta aplicación impidió a varias comunidades cristianas tener una iglesia o incluso una capilla, especialmente en las zonas rurales del Alto Egipto. Gracias a esta nueva ley de 2016 se han regularizado ya casi dos mil iglesias.

Otra señal de la voluntad de Al Sisi de liberar a los cristianos de su condición de ciudadanos de segunda clase ha sido el nombramiento, por primera vez en la historia del país, de un cristiano como presidente del Tribunal Constitucional Supremo. El 9 de febrero, el jefe de Estado firmó el decreto de nombramiento del

juez cristiano copto Boulos Fahmy. Por último, se está debatiendo en el Parlamento una nueva ley sobre el estatuto personal de los ciudadanos cristianos que prevé mejoras para los cristianos en materia de derecho de familia. Signos esperanzadores todos ellos para la sufrida comunidad cristiana de Egipto que, no hace falta decirlo, ponen en riesgo real la vida del propio Al Sisi (recordemos el precedente del asesinato por islamistas del presidente Anwar al Sadat).

Estalla la guerra: Rusia invade Ucrania

Lo que tantos nos resistíamos a imaginar sucedió: las tropas rusas invadieron territorio ucraniano desde diversos frentes el pasado 24 de febrero, iniciando así una invasión que, cuando escribimos estas líneas, dura ya casi un mes y que, tras los rápidos avances rusos iniciales, se encuentra ahora estancada en duros combates en torno a algunas de las principales ciudades del país. La agresión rusa es un nuevo y trágico desarrollo del conflicto en que se encuentra inmersa la región desde hace años. Aunque podríamos retrotraernos más atrás (la historia es un continuo y siempre se rige por acumulación), el conflicto actual se inicia con las revoluciones naranja de 2004 y del Maidán en 2013, ambas dirigidas a excluir del poder a los candidatos rusófilos elegidos legalmente y que contaron con el apoyo de los Estados Unidos. Precisamente el Maidán supuso el inicio de la guerra civil que dura desde 2014 y que ya ha causado alrededor de 14.000 muertos (sin que la opinión pública internacional haya prestado mucha atención). Consecuencia de esta guerra ha sido la anexión rusa



de la península de Crimea (enclave estratégico ruso que fue regalado a Ucrania por Nikita Krushev en la década de los años 50 del siglo pasado) y la independencia de facto del Donbás, zona fronteriza con Rusia

Estamos asistiendo, pues, al regreso de Rusia al escenario internacional, desafiando a la que hasta ahora ha sido la primera potencia mundial, los Estados Unidos

y que está controlado por milicias locales prorrusas. Ahora asistimos a un salto de magnitud en este conflicto con la invasión de Ucrania por parte de tropas rusas.

Una invasión que consuma unas semanas de amenazas que parecía que no iban a hacerse realidad. Ahora que la guerra abierta y a gran escala regresa a Europa podemos reflexionar sobre cómo hemos llegado hasta aquí. En primer lugar, podemos recordar que el ser humano es el mismo ahora que en el pasado, su naturaleza caída no ha cambiado y allí donde hay pecado tarde o temprano hay guerra. De ahí el ridículo comentario de tantos de nuestros contemporáneos pregun-

tándose cómo es posible que existan guerras en pleno siglo XXI, cuando si miramos a nuestro alrededor la pregunta debería ser la contraria: ¿cómo es que aún no han estallado más guerras?

Estamos asistiendo, pues, al regreso de Rusia al escenario internacional, desafiando a la que hasta ahora ha sido la primera potencia mundial, los Estados Unidos. La Rusia muy debilitada que surge tras la disolución de la Unión Soviética tiene ahora, o al menos eso cree Putin, la suficiente fuerza para recuperar su comportamiento imperial, lo que exige un cinturón de estados colchón a su alrededor. Una pretensión que Estados Unidos le negó recientemente y que Rusia percibe, con razón o sin ella, como una amenaza. La posibilidad de que Ucrania entrara en la OTAN (lejana pero no descartada), y más desde la retirada unilateral de los Estados Unidos del tratado sobre misiles antibalísticos en 2002, significaba que no era imposible que los Estados Unidos instalaran misiles junto a la frontera rusa. Por eso diversos analistas señalan que, si bien en esta guerra Rusia es culpable, los Estados Unidos no están libres de culpa.

Una vez más, si algo ha quedado claro, es la inexistencia de ni siquiera la sombra de un orden internacional. El Consejo de Seguridad de Naciones

Unidas es totalmente irrelevante y asistimos nuevamente al conflicto entre imperios en un mundo multipolar donde prevalece la fuerza de cada uno de los actores, pasando por encima de las naciones que, como Ucrania, se ven atrapadas en ese juego de titanes. Una lucha que podría derivar hacia una escalada de consecuencias im-

Una vez más, si algo ha quedado claro, es la inexistencia de ni siquiera la sombra de un orden internacional

previsibles pues la posesión de armas atómicas por parte de los contendientes hace que estemos ante una guerra de naturaleza diferente al resto de los conflictos recientes (ni Serbia, ni Iraq, ni Afganistán, ni Libia, ni Siria disponían de arsenal nuclear).

No es fácil predecir cuáles serán los nuevos movimientos en esta guerra ni adivinar salidas al conflicto, pero el anuncio de la consagración por parte del Papa de Rusia y Ucrania al Corazón Inmaculado de María, que cuando se publiquen estas líneas ya será una realidad, nos llena de una enorme esperanza, pues significa acudir a la única fuente de la que podemos esperar una paz verdadera.



Nuestra patria es el Cielo

Santa Teresita del Niño Jesús

OH! ¡Qué dulce es pensar que bogamos hacia la ribera eterna!

Querida hermanita, ¿no te parece, como a mí, que la partida de nuestro padre querido nos ha acercado al Cielo? Más de la mitad de la familia goza de la visión de Dios, y las cinco deserradas de la tierra no tardarán en volar hacia la Patria».¹



«Celina querida, un día iremos al Cielo para siempre. Allí no habrá ya ni día ni noche como en la Tierra... ¡Oh, que alegría! ¡Caminemos en paz mirando al Cielo, único término de nuestros trabajos!»²

* * *

1 Carta 153 a Leonia, 1895 p.785.

2 Carta 66 a Celina 28 de abril 1889, p.599.

«Las grandes verdades de la religión, los misterios de la eternidad, abismaban mi alma en una dicha que no era de esta tierra...»

«Presentía ya lo que Dios tiene reservado a los que ama. Y, viendo que las recompensas eternas no guardaban proporción alguna con los ligeros sacrificios de la vida, deseaba amar a Jesús, amarle con pasión, darle mil muestras de amor mientras tuviese aún tiempo de hacerlo».³

* * *

«Espero ir muy pronto allá arriba. Allí seré rica, tendré todos los tesoros de Dios y Él mismo será mi bien. Allí podré devolveros centuplicado todo lo que os debo.

¡Oh, cuánto me alegro! ¡Me da tanta pena el recibir siempre sin nunca dar!»⁴

* * *

«Tu esposa, oh, Señor mío, en la tierra extranjera puede cantar el cántico eterno del amor, porque en el seno mismo de su oscuro destierro la abrasas con el fuego de tu amor, como un día lo harás allá en el Cielo...

3 Manuscritos autobiográficos, c.V n.7, p.138.

4 Cta. 186 a la Madre Inés de Jesús, 9 enero 1897, p.863.

¡Oh, celeste Patria, dulzura infinita, tus encantos me encantan, día tras día! ¡Oh, celeste patria, oh, gozo infinito!...¡Tú eres el Amor!»⁵

* * *

«Cuando la tempestad nace en mi alma, levanto a ti mis ojos, y en tu mirada misericordiosa yo leo estas palabras “Niña mía, para ti creé el Cielo”».

Estar con vos, estar con vos: he aquí mi único deseo. La seguridad que me dais de que esto se cumplirá me ayuda a soportar el destierro, mientras espero el día radiante del cara a cara eterno.⁶

* * *

¡Qué dicha, mi querida tía, si toda nuestra familia fuese al Cielo el mismo día!...

Lo que hay de cierto es que, todos juntos, o bien uno después de otro, cambiaremos un día el destierro por la Patria, y que entonces nos alegraremos de todas estas cosas, cuyo precio será el Cielo.⁷

5 Poesías 27 «El cántico del destierro», p. 1029-1030.

6 Oraciones, 7, p.1071.

7 Cta 172, a la señora de Guérin, 16 de julio de 1896, p.824.

BALMES

LIBRERÍA

¡La mejor librería religiosa en Barcelona!



Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades



Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas



Servicio inmediato de venta online



Acceso a la hemeroteca de CRISTIANDAD



Servicio de suscripción a nuestra revista



Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

BALMES
PLUS

¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año!

Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.



info@balmeslibreria.com



balmeslibreria.com



682 856 468



93 317 80 94



Las anclas en el cielo.

14,50€

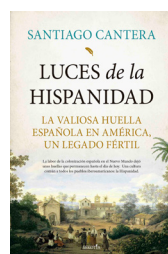
Brague, Rémi

Editorial: Encuentro

134 páginas

Precio: 22,00 €

El problema de la vida, dice Rémi Brague, es fundamentalmente metafísico. Lo que el autor nos ofrece aquí, con su combinación característica de erudición e ingenio es un resumen comprensivo de algunas de las principales tensiones de los fundamentos filosóficos de la modernidad, en su esfuerzo continuo por tomársela más en serio de lo que se toma a sí misma, para exponer sus fundamentos ocultos y llevarla a sus conclusiones lógicas. Mostrar que la vida vale la pena y que es un bien que ningún otro bien puede igualar, tal es la tarea de la metafísica. Y Brague nos ayuda a entenderla.



Luces de la Hispanidad

Cantera, Santiago

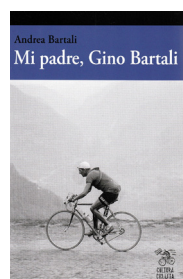
Editorial: Sekotia

240 páginas

Precio: 17,95 €

¿Sabías que los primeros grandes edificios que construyeron los españoles en América fueron, habitualmente, hospitales? ¿O que la monarquía hispánica auspició la primera campaña médica internacional, que llevó la vacuna de la viruela a todos los rincones de su Imperio, salvando miles de vidas? ¿Y que España facilitó el acceso a las nuevas universidades a los nativos, a través de un novedoso sistema de becas? ¿Conocías que fueron los propios españoles los pioneros en dar forma escrita y fijar la gramática de las lenguas autóctonas?

Luces de la Hispanidad reivindica la encomiable obra social de la Madre Patria en la América colonial y desmonta la leyenda negra indigenista sobre la presencia hispana en el Nuevo Mundo, creada por la propaganda anticatólica de las ideologías del odio —desenmascaradas en esta reveladora obra—, que llegaron de la mano de la modernidad.



Mi padre, Gino Bartali

Bartali, Andrea

Editorial: Cultura Ciclista

232 páginas

Precio: 16,90 €

Esta es la historia de un padre contada por su hijo. Gino Bartali (1914-2000) fue mucho más que un ciclista, fue un devotísimo hijo de santa Teresita del Niño Jesús, por quien se hizo terciario carmelita; esposo enamorado, padre amante, amigo fiel... un deportista excelentísimo. Sus tres Giros, dos Tours e infinidad de triunfos en otras pruebas, conquistados a pesar de una carrera truncada por la segunda guerra mundial; su encarnizada rivalidad con Fausto Coppi, fuente inagotable de mitología e iconografía, palidecen ante su verdadera hazaña: contribuir a salvar cientos, miles de vidas de las garras del nazismo, con riesgo de la suya propia, durante la contienda.



CON CORAZÓN DE PADRE

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo.

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa».

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos.

Francisco, *Patris corde* (2020)